



*KILLIAN*

MARGOTTE CHANNING

KILLIAN

# MARGOTTE CHANNING



© Margotte Channing  
Killian

I.S.B.N.: 979-86-18794-36-7

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos.

[www.margottechanning.com](http://www.margottechanning.com)

Facebook: margottechanning



*«Entonces la vi,  
y todas las canciones de amor tuvieron sentido».*

# ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del Autor](#)

[Otras obras de margotte channing](#)

## CAPÍTULO 1

En el despacho de Killian Gallagher, vampiro y magistrado de la zona norte de Irlanda, solo se escuchaba el rasgueo de la pluma sobre el papel. El juez estaba firmando la última sentencia que había dictado y que se copiaría al día siguiente en el libro oficial del Club Enigma, donde todos los miembros de la sociedad vampírica podrían consultarla cuando quisieran. Al igual que el resto de las sentencias que sus antecesores habían dictaminado a lo largo de la historia.

Su mayordomo, al igual que el resto de los miembros del servicio de su casa sabían que no debían molestarlo a esas horas, ya que tenía asignado ese tiempo al papeleo correspondiente a su trabajo y necesitaba cada minuto de los que disponía, ya que el resto del día lo dedicaba a la dirección de La Brigada.

Por eso precisamente, cuando escuchó el suave sonido que produjeron los nudillos de su mayordomo en la puerta del despacho, levantó la vista sorprendido. Tenía que ser algo realmente grave para que lo molestara.

—Pasa, James. —El sirviente entró con un gesto de preocupación en la cara.

—Perdone, señor, pero ha llegado una carta de Burdeos.

—¿De Amélie? Déjala sobre el escritorio, luego la leeré.

—No, señor, precisamente lo que me ha extrañado es que la letra no es la de la señorita de Polignac ni de su tía, la señora Lesnais, y he pensado que podría tratarse de algo grave. No obstante, si no es así, le pido disculpas por haberlo molestado.

Si Killian había aprendido algo a lo largo de los años, era a valorar las intuiciones de James, de manera que extendió la mano para que le diera el sobre.

—Gracias, James. —Después de dejarlo suavemente sobre la palma de su mano, el sirviente salió silenciosamente y Killian dejó la pluma sobre la mesa mientras observaba la letra. Era de mujer y tenía una caligrafía impecable, pero desconocida para él. Su intuición le dijo que era urgente, de modo que cogió el abrecartas y la abrió, leyéndola enseguida:

14 DE NOVIEMBRE de 1844

BURDEOS, Francia.

Distinguido señor Gallagher:

El motivo de la presente es informarle de que hace una hora que Célestine Lesnais, a quien Dios tenga en su gloria, ha dejado este mundo. Su hijo acaba de comunicarme que Amélie y yo debemos abandonar esta casa hoy mismo, en cuanto tengamos preparado el equipaje. Lamento darle la noticia de esta manera, pero Célestine no dio muestras de encontrarse enferma a pesar de su avanzada edad, al contrario, mantuvo siempre una vitalidad digna de mención hasta el último momento.

Amélie me ha contado en numerosas ocasiones la profunda preocupación que siempre ha mostrado usted por ella, pagando todos sus gastos, incluyendo mi sueldo, y por eso recurro a usted en este momento.

Afortunadamente, tengo un poco de dinero ahorrado y con él podremos aguantar algunas semanas, si no lo malgastamos. He pensado coger una habitación en la posada El café del puerto, que es muy conocida en la ciudad por su limpieza y buenos precios, esperando que usted nos envíe una carta con lo que debe hacer Amélie, ya que no sé cómo obrar en este caso.

Es ella la que me ha pedido que le escriba, ya que está muy afectada por la muerte de Célestine. La quería mucho, como todos los que tuvieron la suerte de conocerla. Pero su pupila se sobrepondrá, no se preocupe. No en vano es una joven fuerte, inteligente y preparada, en parte, gracias a las diferentes materias que usted ha insistido en que estudiara a lo largo de los años. No me molesta reconocer que al principio algunas de esas asignaturas no me parecieron adecuadas para una joven de su edad, pero según ha pasado el tiempo, me he dado cuenta de que han sido muy provechosas para ella.

Termino esta carta rogándole que nos envíe su contestación lo antes posible y perdone mi atrevimiento si le digo que, si quiere que su pupila viaje hasta Dublín para encontrarse con usted, deberá enviarnos algo de dinero ya que con lo que yo tengo no alcanza ni siquiera para un pasaje.

Esperamos impacientes sus noticias.

Gabrielle Touré

Institutriz.

Killian terminó la carta y se quedó pensativo durante unos segundos, luego se levantó y salió en busca de su mayordomo. Tenía muchas cosas que hacer si quería salir ese mismo día de viaje.

La puerta de la posada se abrió para dejar pasar a un hombre alto, moreno y con barba, que miró a su alrededor de forma un tanto despectiva, como si le resultara desagradable entrar en un sitio semejante. Cuando vio al posadero que estaba detrás de la barra, se dirigió a él sin perder un momento llamándolo con gesto altivo; el hombre, un anciano calvo y delgado que había visto de todo a lo largo de su vida, apretó los dientes y se mordió la lengua mientras se acercaba al recién llegado. No le gustaban los pedantes y el que acababa de entrar era uno de ellos, sin ninguna duda.

—¡Posadero! —volvió a llamarlo y en esta ocasión levantó la voz, a pesar de que el anciano ya se estaba acercando a él, mientras se quitaba los guantes de piel para dejar a la vista unas manos blancas y cuidadas.

—¿Sí, señor?

—Estoy buscando a dos mujeres. Deben de llevar aquí cerca de una semana... se llaman Gabrielle Touré y Amélie de Polignac. Tengo que hablar con ellas urgentemente.

El posadero asintió mientras pensaba lo más deprisa que podía. La mirada del desconocido moreno le dijo que no maquinaba nada bueno, así que decidió mentirle; no solía hacerlo, pero no le daba buena espina que buscara a esas dos jóvenes en concreto, y prefería avisarlas de quién las buscaba y que ellas decidieran si querían hablar con él o no.

—Han salido hace un rato, señor, y no sé dónde han ido.

El desconocido dio un golpe con los guantes en la vieja barra de madera donde el posadero servía las consumiciones, y soltó una

maldición que hizo que los pocos clientes que había a esa hora en la taberna se lo quedaran mirando con curiosidad.

—¡Maldita sea! ¡Ya le he dicho que necesito hablar con ellas lo antes posible! —con una maldición volvió a ponerse los guantes—. Está bien, cuando vuelvan dígasles que ha venido Pierre Lesnais a verlas y que volveré esta tarde. ¡Y que no vayan a ningún sitio hasta que yo venga! —Después, se dio media vuelta con un revuelo de su capa y desapareció por la puerta que daba a la calle.

El posadero lo siguió con la mirada deseando saber qué buscaba tan extraño individuo.

Gabrielle y Amélie, mientras, paseaban muy cerca de allí por un parque paralelo al puerto como todas las mañanas, cogidas del brazo y mostrando una estampa muy particular. Gabrielle, la institutriz, era una mujer bajita, su coronilla llegaba escasamente al hombro de su alumna, Amélie, y sus curvas hacían que los hombres que encontraban a su paso se quedaran mirándola a pesar de ir vestida como si fuera una mujer mucho más mayor.

Las curvas del cuerpo de Gabrielle le habían provocado muchos problemas a lo largo de sus veintiséis años, razón por la que siempre vestía ropa suelta con la que intentaba disimular su silueta y el pelo sujeto en un moño tan tirante, que le provocaba dolor de cabeza. Además, también llevaba unas gafas de cristales gruesos que ocultaban sus ojos.

Amélie, su pupila, también llamaba la atención de cualquiera que mirara en su dirección sin proponérselo. Además de ser una muchacha alta y elegante, poseía unos ojos rasgados que recordaban el color del mejor *whisky* y un hermoso y rebelde cabello al que costaba mantener sujeto.

Después de andar durante bastante rato y al ver que no había nadie a su alrededor que pudiera escucharlas, Gabrielle se decidió a hablar con su pupila y amiga:

—Amélie, hay algo que llevo días queriendo preguntarte. —La muchacha la miró. En la curva sensible de su boca se percibía la tristeza que sentía por la reciente pérdida.

Célestine era su tía, pero había sido mucho más que eso para ella desde que perdió a sus padres, tantos años atrás. Gabrielle

suspiró deseando poder dejarla más tiempo tranquila, pero, desgraciadamente, tenía que tomar una decisión.

—Querida... —insistió.

—¿Sí? —A pesar de que le había contestado, estaba distraída observando los ancianos árboles que había a los lados del camino.

—Sentémonos un momento en ese banco. —Esperaba que así le prestaría más atención. Se sentaron juntas y Gabrielle se volvió hacia ella.

—Necesito saber si estarás bien con tu tutor. No es que tenga nada en contra de él, pero, si voy a buscar otro trabajo, me quedaría más tranquila sabiendo que, si vives con él, estarás a salvo. —Por alguna extraña razón, la desconfianza que tanto le había costado expresar, a Amélie le hizo gracia y sonrió, por primera vez en días.

—¿Lo dices porque es un vampiro? —Gabrielle abrió la boca sin saber cómo contestar porque la hubiera malinterpretado de esa manera.

—Sabes que yo nunca he hecho diferencias entre hombres y vampiros... y te he animado siempre a que los trates por igual. Te preguntaría lo mismo si fuera completamente humano, eso no me importa.

—Lo sé. —Para apaciguarla, se inclinó y le dio un beso en la mejilla—. Lo siento, es que estoy muy susceptible con todo lo que ha pasado.

—Te he explicado muchas veces que, científicamente hablando, todos somos animales con pocas cosas que nos diferencien.

—Sí.

—Bien. Aclarado que no tengo nada en contra del señor Gallagher, ¿puedes asegurarme de que te cuidará bien? Lo he pensado mucho y, si tienes dudas de que sea así, puedo buscar un trabajo diciendo que eres mi hermana y que dependes de mí, y pondría como condición que tienes que vivir conmigo. Sería más difícil encontrar una casa así, pero, gracias a Dios, tengo buenas recomendaciones y estoy segura de que la encontraría.

Amélie permaneció largo rato callada hasta que se decidió a romper la promesa que le había hecho, tantos años atrás, a Killian. Estaba segura de que él lo entendería cuando le explicara por qué lo había hecho.

—Déjame que te cuente cómo conocí a mi tutor. —Entrelazó los dedos de sus manos con fuerza y controló su respiración, tal y como su maestro chino Lee Ping, le había enseñado a hacer desde pequeña—. Ya sabes que mi familia es francesa, pero no sabes que mi padre era diplomático y lo destinaron a Irlanda, más concretamente a Dublín cuando yo tenía siete años. Cuando tuve doce, una noche me desperté a causa de un fuerte ruido que no reconocí. Yo dormía sola en mi habitación que estaba al lado de la de mis padres. Me levanté y me dirigí al pasillo, asustada y, entonces, cuando casi había llegado a su dormitorio, pude escuchar los gemidos de dolor de mi padre y las súplicas de mi madre. —Amélie se había puesto pálida y Gabrielle cogió sus manos entre las suyas y le pidió que no siguiera, pero ella sacudió la cabeza decidida a hacerlo—. No, quiero decírtelo. No te preocupes, gracias a Lee Ping he conseguido aceptar lo ocurrido aquel día. —Volvió a respirar profundamente un par de veces antes de continuar—: Cuando escuché sus voces supe que pasaba algo muy malo y corrí a mi habitación muerta de miedo y me metí debajo de la cama. Al estar allí, temblando como una hoja, me tapé los oídos para no oír los gritos de mis padres y de sus asesinos. Poco después estaban muertos, pero yo no salí de mi escondite hasta que Killian me encontró.

—¿Qué tuvo que ver el señor Gallagher con ese hecho tan terrible?

—Gabrielle, lo que te estoy contando es confidencial. Mi tutor dirige un grupo de valientes que se dedica a buscar a los malhechores de su misma especie, que cometen crímenes tan atroces como lo que hicieron con mis padres. A ese grupo lo llaman La Brigada, además, es magistrado de la zona norte de Irlanda. La noche que apareció en mi casa, venía siguiendo a aquellos hombres porque ya habían cometido varios asesinatos. Cuando me encontró, me llevó a su casa y, días después, me trajo a vivir con la tía Célestine, que, como sabes, era una hermana de mi abuela y mi única pariente con vida, que yo sepa. Bueno, aparte del zoquete de su hijo, claro. —Hizo una mueca al hablar de Pierre Lesnais, que tantos problemas había dado a su madre.

—Lo sé.

—Te he contado esto para que sepas que Killian me salvó la vida. Yo solo tenía doce años y si no hubiera sido por él, estaría muerta, te lo aseguro.

—Comprendo, y espero que me perdones por habértelo preguntado, ahora entiendo que no quisieras hablar sobre la forma en la que murieron tus padres...

—Prefiero recordarlos cuando estaban vivos.

—Haces muy bien, querida. —Dio un par de golpecitos en sus manos antes de soltarlas.

Killian Gallagher descendió ágilmente por la pasarela de madera hasta pisar tierra firme, llevando un pequeño bolso de viaje de piel marrón. Estaba deseando ver a Amélie. Esos dos días, preocupado por la carta de la institutriz, se le habían hecho muy largos. En un francés perfecto preguntó a un lugareño dónde estaba la posada que buscaba y se dirigió hacia allí. Sus largas zancadas le permitieron recorrer enseguida los pocos cientos de metros que lo separaban de El café del puerto y, poco después, entraba en el establecimiento.

Era la hora de comer y el comedor estaba repleto de clientes ruidosos. Después de echar una mirada a su alrededor, Killian se dirigió al anciano que estaba detrás de la barra hablando con una pareja de mediana edad, y esperó pacientemente a que terminara de hacerlo. Luego, el hombre lo saludó, preguntándole qué quería.

—Buenos días, busco a dos señoritas que se hospedan aquí. — El mesero lo miró fijamente y un escalofrío de aprensión recorrió su columna. El forastero era un hombre alto, moreno y con el rostro muy pálido, pero lo más llamativo de él eran sus duros ojos verdes que parecían traspasarte. Estuvo a punto de mentirle como había hecho días antes con el otro hombre que había preguntado por ellas, pero, de repente, sintió que este hombre era diferente, que las chicas estarían a salvo con él.

—Sí, señor, ¿cómo se llaman?

—La señorita Touré y la señorita de Polignac.

—Están en su habitación. Si espera aquí, las avisaré enseguida.

—De acuerdo.

Mientras el posadero desaparecía por las escaleras, Killian se quitó el abrigo dejándolo encima de una silla, al igual que su bolsa.

En su boca apareció fugazmente una mueca dirigida contra sí mismo por haber tenido que utilizar su fuerza mental para vencer la suspicacia del anciano. Entonces escuchó unos tacones y se volvió hacia las escaleras con una sonrisa sincera que se borró al ver que al tabernero lo seguía una desconocida, no su pupila.

## CAPÍTULO 2

Gabrielle todavía no conocía al tutor de Amélie a pesar de llevar más de un año trabajando en casa de la señora Lesnais, desde que la joven había terminado el colegio. Durante todo ese tiempo le había extrañado que el ocupado señor Gallagher no tuviera ni un día libre para viajar desde Irlanda a Francia con el propósito de visitar a su pupila.

En varias ocasiones le había preguntado a Amélie por qué él nunca iba a verla o por qué no viajaba ella a Dublín a pasar las vacaciones en su casa, y la joven siempre contestaba que Killian era un hombre muy importante y que estaba muy ocupado, pero que, en unos meses, ella volvería a Irlanda a vivir con él, algo que estaba deseando hacer.

Tampoco había querido contarle a qué se dedicaba su tutor, aunque Gabrielle había deducido que gozaba de una buena posición económica. Lo que sí sabía desde el principio es que era un vampiro; fue de las primeras cosas que Célestine le contó cuando la contrató como institutriz y señorita de compañía de Amélie, actuando en nombre del señor Gallagher que era quien pagaba todos los gastos de su pupila.

Y ahora estaba frente a él.

Evitó estirar su vestido, sabiendo que estaba algo arrugado porque llevaba todo el día con él puesto, y en aquel sitio era difícil mantener la ropa tan pulcra como a ella le gustaba. Inspiró profundamente y se acercó al hombre moreno que esperaba con los ojos entrecerrados. A medio camino se detuvo brevemente porque

sintió algo extraño, como si una ligera brisa la hubiera recorrido por dentro, dejando un suave frescor a su paso y tranquilizando sus nervios. Cuando reanudó sus pasos para acercarse a él se dio cuenta de que parecía sorprendido.

Gabrielle alargó la mano derecha e intentó sonreír a pesar de la frialdad que vio en sus ojos verdes, que la observaban como si fuera todo lo contrario a lo que había esperado.

—Encantada de conocerlo señor Gallagher, soy la señorita Touré.

Killian miró su mano durante un largo instante, tan largo que ella llegó a pensar que no se la estrecharía, pero finalmente lo hizo y su enorme manaza envolvió la suya y, en contra de lo que ella esperaba, se inclinó sobre el dorso como si fuera a darle un beso, pero, en lugar de hacerlo, olisqueó su piel disimuladamente y, sobresaltado, se irguió bruscamente. Buscó una explicación a lo que había sentido en los ojos de la humana, pero estaban escondidos tras los gordos cristales de sus gafas y no pudo ver nada.

—Igualmente, señorita. —Le sorprendió escuchar un francés perfecto aderezado con un encantador acento irlandés—. ¿Dónde está Amélie?

—Perdone que no haya bajado, pero he pensado que sería mejor que lo hiciera yo sola para poder hablar con usted antes de que se vieran —él asintió distraídamente, mientras intentaba disimular la sensación de euforia que estaba recorriendo su piel al contacto con su voz. Su sonido atravesó su cuerpo reconfortándolo y Killian sintió que la reconocía, aunque no la había visto antes.

Al ver que ella esperaba que dijera algo con sentido, intentó concentrarse.

—Si no le importa, cojamos una mesa. Todavía no he desayunado —ella murmuró una disculpa, ya que tenía que haber pensado que estaría hambriento y él se dirigió al tabernero que comenzó a limpiar una mesa.

Pocos minutos después, ambos se sentaban junto un ventanal desde el que se podía ver el puerto y que era el lugar favorito de Gabrielle y Amélie.

Gabrielle pensó, mientras esperaba a que él decidiera qué quería comer, que no había imaginado que el tutor de Amélie fuera

tan atractivo; y él, que parecía concentrado en los diferentes platos que le estaba describiendo el mesonero, pensaba que le encantaría descubrir las curvas que el anticuado vestido de aquella humana escondía. Hacía décadas que no sentía una atracción tan fuerte por ninguna mujer, pero se tranquilizó diciéndose que la señorita Touré viajaría con ellos de vuelta a Dublín y, una vez allí, podrían conocerse mejor. Cuando el mesonero tomó nota de lo que comería, intentó enfriar su mente calenturienta y centrarse en la conversación que debía mantener con ella.

—Y ahora, señorita Touré, espero que me explique qué es eso tan importante que tiene que decirme y que no puede esperar a que yo vea a Amélie.

Ella lo miró sorprendida al escuchar el tono de su voz, parecía... íntimo, como si conociera sus secretos o quisiera conocerlos. Borrando esas locas ideas de su cabeza, contestó con su mejor tono de institutriz:

—Verá señor, me gustaría haber tenido esta conversación antes, porque ahora todo va a ser muy precipitado..., pero quería hablarle sobre algunos aspectos relativos a Amélie que creo que debe conocer.

El posadero eligió ese momento para traer el guiso de cordero con patatas que Killian había pedido y él, después de coger la cuchara, le hizo un gesto para que siguiera hablando:

—Continúe, por favor —ella asintió y a la vez se alisó discretamente el pelo ya que se dio cuenta de que él le había mirado hacia lo alto de la cabeza durante un segundo, pero no encontró ningún mechón descolocado. El moño seguía tan tirante como cuando se lo había hecho a primera hora de la mañana, prueba de ello era el dolor de cabeza que empezaba a tener, ya que hacía varios días que no se soltaba el pelo, ni siquiera por la noche, porque dormía en la misma habitación que Amélie y ella no conocía su secreto. Hasta dormía con una cofia con la que se sentía como si tuviera cien años.

—Bien —carraspeó incómoda, a pesar de que él no despegaba los ojos del plato y seguía comiendo tranquilamente.

Por primera vez en su vida, se sentía atraída por un hombre y maldijo el momento que había elegido su cuerpo para traicionarla de

manera semejante, pero no le parecía que pudiera luchar contra él. El tutor de Amélie emitía una extraña energía que traspasaba la piel de Gabrielle, consiguiendo que su cuerpo entero vibrara por dentro. Era algo sorprendente, excitante y que analizaría cuando estuviera a solas, pero ahora, se centró en lo más importante y retomó lo que quería decirle:

—Amélie es una chica muy especial, es fuerte y cariñosa, tiene una gran imaginación y, no obstante, también posee los pies sobre la tierra —volvió a carraspear al sentir un nudo en la garganta al pensar que tenía que separarse de ella, pero no tenía más remedio que hacerlo—, pero, a pesar de que ella misma no lo reconozca, tiene una gran necesidad de cariño. Le cuento todo esto rogándole que lo tenga en cuenta en su trato hacia ella. Sé que me estoy excediendo en mis funciones, pero es una muchacha estupenda y le tengo mucho aprecio. —De repente, algo le llamó la atención y como siempre le ocurría, saltó de un tema a otro sin pensar en su interlocutor—. No sabía que podían comer... ya sabe... además de... —Se mordió el labio inferior sin saber cómo hacer la pregunta sin parecer aún más maleducada.

—¿Se refiere a... además de beber sangre humana? —Él sonrió por primera vez frente a ella, enseñando una dentadura perfecta en la que los colmillos no eran más grandes que los demás dientes, a pesar de lo que se decía. Aunque su sonrisa era burlona, él contestó con seriedad—: Los vampiros podemos sobrevivir solo de sangre, pero es mejor para nuestro cuerpo que nuestra dieta sea más diversa y solemos comer lo mismo que los humanos. Aunque también tengamos que beber sangre de vez en cuando. —Su mirada se deslizó, con una chispa de deseo que no intentó ocultar, por el cuello descubierto de ella donde latía el pulso agitadamente—. Y ahora que he satisfecho su curiosidad, señorita Touré, ¿puede explicarme por qué parece que está despidiéndose? Al menos es lo que he deducido por sus palabras. —La sorpresa hizo que no supiera cómo contestar, todavía no había decidido decírselo.

—Quería transmitirle solamente lo mucho que la aprecio y que es una jovencita sensible y...

—Estoy totalmente de acuerdo con usted —interrumpió, sin pedirle perdón por hacerlo—, pero respóndame a la pregunta —

utilizó su voz de magistrado, pero, al contrario de lo que esperaba, solo provocó que Gabrielle se irguiera en el asiento y levantara la cara con gesto altivo.

—No me gusta cómo me está hablando.

—Es una lástima, pero va a tener que acostumbrarse; al fin y al cabo, es usted mi empleada. Eso creo, ¿no? —Ella lo miró indignada y, aunque no podía verle bien los ojos, supo que estaba muy enfadada, al contrario que él, que a cada minuto estaba más excitado.

En pocos minutos, aquella humana poca cosa, feúcha y melindrosa, había conseguido despejar el aburrimiento en el que se había convertido su vida en el último siglo. Dejando la cuchara en el plato, el vampiro se reclinó en la silla decidido a adivinar lo que intentaba ocultarle, algo que había sido evidente para él desde que había comenzado a hablar. Llevaba demasiados años interrogando a todo tipo de delincuentes para no saber cuándo una institutriz intentaba engañarlo.

—Como hemos aclarado que soy su jefe y, por tanto, le comunico que no admito que deje usted el trabajo, de momento. Necesito que siga acompañando a mi pupila. Vendrá con nosotros a Dublín y, cuando estemos allí, ya volveremos a hablar sobre esta cuestión —sabía que sonaba despótico, pero utilizaría cualquier arma a su alcance para que los acompañara.

Era un hombre justo, pero después de tanto tiempo solo y convencido de que ya no había esperanzas para él, acababa de encontrar a una mujer que había hecho desaparecer, con su sola presencia, todo el aburrimiento acumulado en su anciano cuerpo y no permitiría que se le escapara de entre los dedos. Se movió incómodo en la silla debido a la excitación y se prometió que conseguiría llevarla a su cama. Conocía su atractivo y nunca había dejado a ninguna hembra, mujer o vampira insatisfecha. Después de que se cansaran el uno del otro, si ella quería, podría marcharse donde quisiera, además, la compensaría de tal manera que no tendría que volver a trabajar nunca. Y todos saldrían ganando.

Ella abrió la boca para discutir y él sintió que los colmillos empezaban a crecerle, el enfado de ella aumentaba su ardor, pero entonces Killian escuchó los pasos de Amélie y se levantó para

recibirla con una sonrisa dejando a la institutriz con la palabra en la boca, con un lacónico:

—Continuaremos esta conversación en otro momento.

Gabrielle se quedó con la boca abierta y presenció cómo Amélie se lanzaba a los brazos del despótico vampiro, que la envolvió en ellos meciéndola como si fuese una niña pequeña, provocando que la muchacha riera encantada.

—¡Killian!, ¡cuánto te he echado de menos! ¡Me parece mentira que estés aquí! —De repente, Amélie, que hasta entonces había conseguido mantener una fachada de tranquilidad, comenzó a llorar y en contra de lo que Gabrielle esperaba por la frialdad que había demostrado con ella, el vampiro la consoló tiernamente.

—No llores, pequeña, ya estoy aquí y en un par de días hay un barco para Irlanda y nos iremos a casa. ¿De acuerdo? —ella obedeció con los ojos llorosos y luego volvió a abrazarlo escondiendo la cara en su cuello, mientras que él murmuraba algo al oído, tratándola con tanta dulzura como si fuera su padre.

Y Gabrielle, observando tan tierna escena, deseó encontrar a alguien, algún día, que la abrazara así, como si quisiera protegerla de los males del mundo. Y también se dio cuenta de que podía dejar a Amélie en las manos de su tutor sin dudarlo, porque él la quería de verdad, por lo que ya sabía lo que tenía que hacer. Antes de que se marcharan, debía pedirle al señor Gallagher que le pagara los meses que le debían y que le escribiera unas referencias. Eso sería suficiente para vivir mientras encontraba trabajo lejos de allí. En esta ocasión, estaba decidida a buscarlo en el interior del país. Nunca le había atraído vivir en el campo, pero después de lo que le había ocurrido en casa de Célestine, estaba segura de que pasaría más desapercibida que en una ciudad.

Cuando dejó de pensar en sus cosas y volvió a la realidad, sus ojos se encontraron con los verdes del vampiro que acariciaba suavemente la cabeza de Gabrielle con una ternura de la que no lo hubiera creído capaz, mientras la muchacha tenía la cabeza apoyada en su pecho y los ojos cerrados, como si estuviera hechizada por él o se hubiera quedado dormida. Él se había desplazado hacia un rincón donde solo podía verlos Gabrielle, quedando ocultos del resto de los clientes y del posadero, gracias a

una de las paredes del salón. Dándose cuenta de que estaba mirándolos fijamente, Gabrielle se marchó discretamente hacia las escaleras intentando pasar desapercibida, pero los acerados ojos verdes no la abandonaron hasta que desapareció de su vista.

Estaba sentada en la maltrecha mesa de madera que había colocado junto a la ventana para poder ver mejor, y se había quitado las dichosas gafas mientras hacía una lista con las amistades de Célestine a las que creía que podía recurrir. Ella misma le había dicho que lo hiciera así, si alguna vez le ocurría algo mientras Gabrielle trabajaba para ella. Desde que se había enterado de quiénes eran sus padres, Célestine le había asegurado que la ayudaría en lo que pudiera. Para Gabrielle, vivir con Célestine y Amélie lo había significado todo porque por fin había sabido lo que era tener un hogar.

Cuando terminó, con su característica letra redonda, los nombres de las amigas de Célestine, se dijo que tendría que averiguar cuáles eran sus direcciones. Se mordió el labio, pensativa, mientras se daba golpecitos con la pluma con la que estaba escribiendo en la barbilla y entrecerraba los ojos a la vez. Estaba tan distraída que no había escuchado los pasos de Amélie subiendo las escaleras y, cuando llamó a la puerta, se sobresaltó dejando caer la pluma.

—¿Quién es?

—Soy yo, pero vengo acompañada de Killian, ¿podemos entrar?

—Aturullada, aceptó y se levantó, volviéndose hacia la puerta y olvidando ponerse las gafas. Cuando Amélie entró, lo hizo muy sonriente, se notaba que ver a su tutor le había cambiado el humor. Gabrielle miró hacia el vampiro. Killian estaba en el umbral mirándola fijamente con los ojos entrecerrados. Ella susurró:

—¿No quiere entrar? —él asintió con una extraña sonrisa y ella se frotó discretamente la frente, porque no sería la primera vez que se la había manchado con tinta y que alguien se la quedaba mirando por esa razón. Pero se dio cuenta de cuál era el motivo de su extrañeza: que no llevaba las gafas, su mayor protección. Las había dejado encima de la lista que estaba escribiendo. Sonrojada, las cogió y se las puso enseguida, ajustándose los alambres curvados detrás de las orejas.

Sus movimientos no pasaron desapercibidos a Killian que observó su actuación con una sonrisa burlona, situado de pie junto a la ventana con las manos detrás de la espalda. Gabrielle, viendo que se había acercado demasiado a ella, se alejó de él todo lo que pudo colocándose junto a la puerta, intentando que no notara que la ponía nerviosa.

Amélie, que no parecía darse cuenta de la tensión que había entre ellos, hablaba con ella más contenta de lo que la había visto en mucho tiempo:

—Gabrielle, Killian dice que en dos días podremos marcharnos a Dublín ¡te va a encantar aquello, la ciudad es preciosa y los irlandeses son encantadores! Son muy parlanchines y simpáticos, ya lo verás. —Gabrielle no pudo evitar levantar una ceja, incrédula y, aunque no dejó de mirar a la muchacha, el vampiro supo lo que estaba pensando y se anticipó a contestarla, con un tono de voz algo irónico:

—Puede que ella no esté tan contenta como tú por nuestro viaje. —Amélie, después de escucharlo y extrañada por el mutismo de su amiga, cogió la mano de Gabrielle y preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿No quieres acompañarnos? —Gabrielle sabía que tenía que habérselo dicho antes, pero Amélie estaba demasiado afectada por la muerte de Célestine y no había querido entristecerla aún más.

—Querida, lo siento, pero no puedo hacerlo. Existen algunos motivos que no debo... —su explicación se vio interrumpida por la voz grave de Killian, que se acercó en una zancada hasta ellas.

—Señorita Touré, si me permite unas palabras... antes de hablar sobre este tema le rogaría que me acompañara a la habitación de al lado, que es la que me han asignado hasta que nos vayamos.

Estuvo a punto de negarse, pero recordó que tenía que pedirle el dinero que le debía por su trabajo.

—De acuerdo.

Lo siguió hasta su habitación y se quedaron de pie, en medio del dormitorio, con la puerta cerrada.

—Señorita, no creo que sea el momento oportuno para que Amélie pierda a otra de las personas importantes de su vida, por eso

le pido que vuelva a pensarlo y que nos acompañe. Al menos durante unos meses.

—Lo siento mucho, señor, pero tengo que negarme. Prefiero permanecer en mi país. —Cada vez estaba más decidida a contactar con las amistades de Célestine lo antes posible y conseguir un trabajo en el campo—. Por eso, le agradecería que me pagara el sueldo que se me debe de los últimos seis meses, mejor dicho, los últimos cinco, de modo que, si no le importa... —él la interrumpió:

—Siento tener que decirle que no he traído suficiente dinero para abonarle. Si lo necesita con tanta urgencia, tendrá que acompañarnos a Dublín, donde podré pagarle sin problemas, por supuesto.

Ella lo miró atónita, sabiendo que mentía. Era imposible que no llevara ese dinero encima, una cantidad ínfima para alguien como él. Pero al ver su rostro, supo que no cedería. Él había ganado y no tenía más remedio que acompañarlos. Con una mueca de amargura, se plegó a sus deseos sin decir nada más, aunque se prometió que no cedería jamás al encanto de ese hombre, le daba igual cómo tratara a Amélie. Salió de la habitación en silencio, odiando la facilidad con la que el intransigente señor Gallagher había destruido sus planes, y él la siguió con la vista fija en el movimiento de sus caderas y con una llamarada rojiza en sus ojos verdes.

### CAPÍTULO 3

Estaba encerrada en un oscuro lugar, atada con cuerdas y tenía una tela en la boca que le impedía respirar. Cuanto más luchaba contra sus ataduras más se le clavaban en la carne y ya casi no tenía fuerzas para seguir peleando. Pero continuó haciéndolo, agotada, hasta que sintió que se ahogaría si no le quitaban aquello de la boca, entonces... despertó y se sentó en la cama respirando agitadamente. Se dijo que solo había sido una pesadilla, a pesar de que le parecía que el corazón se le saldría por la boca. Miró a su alrededor recordándose que, de momento, estaba a salvo porque, a pesar de todos sus esfuerzos, seguía en casa de Killian Gallagher. Llevaban ya tres días en Dublín y él seguía dándole largas, y Gabrielle sentía que el tiempo se le acababa.

Precisamente por eso, esa mañana se había levantado al amanecer. Se arregló y bajó al salón donde Killian desayunaba a solas todas las mañanas, pero ese día, cuando llegó, ella estaba esperando sentada a la mesa delante de su café, decidida a que le diera una solución.

—¡Ah! Buenos días, señorita Touré. ¡Qué sorpresa tan agradable! —Inexplicablemente, a ella le pareció que se alegraba de verla, aunque también estaba segura de que sabía por qué estaba allí—. ¿No va a tomar nada, además del café? —Ella tenía tendencia a engordar y hasta el almuerzo no solía comer nada.

—No, muchas gracias.

—Insisto, permítame.

Killian dejó su taza de café sobre la mesa y cogió un plato depositando en él unas cuantas pastas de las que la cocinera de la casa horneaba diariamente. Ella siempre se quedaba mirándolas durante unos segundos mientras se le hacía la boca agua, aunque no había llegado a probarlas. Killian dejó el plato con una docena de pastas junto a la taza de Gabrielle y se detuvo unos segundos detrás de su silla. Al ver que no volvía junto al aparador donde estaban las fuentes de comida, se volvió a mirar qué le ocurría y lo encontró inclinado hacia ella, con la mano apoyada en el respaldo de su silla... oliéndola o eso le pareció, con los ojos cerrados.

—¿Ocurre algo? —Él abrió los ojos, en los que había aparecido un reflejo rojizo y sacudió la cabeza como si quisiera despejársela.

—No, nada. —Volvió al aparador con un carraspeo y se llenó el plato de tal manera que parecía que se le desbordaría de un momento a otro. Y aquello era curioso porque no le había visto comer mucho hasta ese momento. Luego, volvió a su asiento y, dejando el plato frente a él, se la quedó mirando—. Imagino que quiere insistir en su idea de volver a Francia.

—Sí, señor. —Intentó parecer tranquila, a pesar de que sentía la vibración habitual en su presencia.

—Espero que ese no sea el motivo de las ojeras que tiene hoy. Si es así, y el problema que la obliga a volver a Francia es tan grave, le ruego que me lo cuente para que pueda ayudarla... —lo dijo como si pudiera confiar en él, pero, solo pensar en contarle la verdad hizo que se le revolviera el estómago.

—No sé a qué se refiere. Desde el principio le dije que quería quedarme en mi país.

—¿No hay nada que pueda decirle para que cambie de opinión?

—No, ya lo he hablado con Amélie y está de acuerdo quedarse unos días sin señorita de compañía. Es mayor y podría estar así varias semanas sin problemas. Pero permítame que le diga que creo que deberían empezar cuanto antes a buscar a la persona adecuada.

—Señorita Touré, antes de que siga... sé que lo que le voy a decir no le va a gustar y lo siento, porque entiendo que se ha portado muy bien con Amélie. Ella misma me ha dicho que se ha desvivido por ella, por enseñarle todo lo que ha podido y porque no

se sintiera sola en ningún momento. Ha conseguido que se sintiera segura a su lado, a pesar de que en alguna ocasión han estado cerca de algún elemento indeseable. —Gabrielle, sorprendida, se ruborizó de placer ya que no esperaba que Amélie hubiera sido consciente de tantas cosas—. Entiendo que esté sorprendida, pero Amélie es una muchacha muy inteligente y, aunque parece no darse cuenta de las cosas, ocurre justo lo contrario.

—Ya veo.

—Pero me temo que ha... —Killian, después de dar un trago al café, buscó la palabra adecuada— copiado de mí ciertas actitudes, por ejemplo, las de la observación y la discreción.

Gabrielle frunció el ceño y sintió un escalofrío, pero siguió sentada, esperando, y Killian, al contrario de lo que ella esperaba, la observó con algo muy parecido a la comprensión.

—Y precisamente ella es la que me ha asegurado que tiene usted un grave problema y que necesita ayuda.

—Yo jamás le he contado nada parecido —balbuceó.

—Lo sé, es lo primero que me ha dicho, pero confío plenamente en la perspicacia de mi pupila, señorita Touré, así que, aprovechando que estamos a solas, vuelvo a pedirle que me diga cuál es su problema y que me permita que la ayude.

—¿Por eso no quería que me quedara en Francia? —Él se quedó pensativo, como si fuera una pregunta difícil de contestar.

—Esa es una de las razones. La otra —la miró atravesándola por dentro, hasta que ella sintió que no podía respirar—, prefiero decírsela en otro momento. —Gabrielle intentó sonreír como si no le afectara lo que le acababa de decir.

—Siento que Amélie haya sufrido por mi causa y que eso haya provocado que usted también se haya preocupado por mí, y se lo agradezco a los dos, pero no es cierto. No tengo ningún problema.

—Gabrielle... —la voz suave, casi tierna con la que dijo su nombre le puso los pelos de punta y deseó contárselo todo y que alguien, por primera vez en su vida, le dijera que no se preocupara, que todo se solucionaría.

—Se lo aseguro, señor Gallagher... —El ruido de las pisadas de Amélie los interrumpió y Killian recibió su beso en la mejilla sin dejar de mirar a la institutriz, sabiendo que tarde o temprano se enteraría

de lo que ocultaba. Pero hasta que eso ocurriera se sentía totalmente frustrado porque era de las pocas personas que no se dejaban influir por sus estímulos mentales, algo que le ocurría con muy pocos humanos.

Había intentado torcer su voluntad y entrar en su mente y no había podido hacer ninguna de las dos cosas, lo que era mucho decir, ya que era uno de los vampiros más poderosos de Irlanda precisamente por ser de los más viejos, ya que había cumplido los 218 años hacía pocas semanas. Pero ahora no estaban en juego solo sus sentimientos, ahora sabía que ella estaba en peligro y no permitiría que lo afrontara sola. De ninguna manera.

Las pesadillas habían vuelto a inundar su mente y cada vez eran más duras de soportar, pero esa noche, entre la niebla del miedo y los monstruos, se coló una voz fuerte y tierna a la vez, que la llamó varias veces hasta que consiguió despertarla.

—Gabrielle. —Killian había entrado en su habitación al escuchar sus quejidos de terror y ahora estaba sentado junto a ella en la cama. Al ver que no despertaba, insistió—: Gabrielle. —Seguía sin abrir los ojos, motivo por el que tocó su mejilla con suavidad y apartó de su rostro un sedoso mechón oscuro, acariciándolo entre sus dedos antes de dejarlo sobre la almohada. Entonces, al volver a mirarla, vio que había despertado.

—Tranquila, solo era una pesadilla —susurró. A ella se le escapó un sollozo, pero se tapó la boca con la mano para evitar que volviera a ocurrir. Killian apretó los labios con firmeza al ver el miedo en sus ojos y, deseando borrar esa expresión de su rostro y sin pensarlo demasiado, inclinó la cabeza y la besó.

Gabrielle se quedó rígida al notar cómo la lengua de Killian incursionaba en su boca, pero él susurró:

—No tengas miedo, cara —No supo cómo lo hizo, pero sus palabras consiguieron tranquilizarla.

Las manos de Killian ascendieron por los brazos de Gabrielle acariciándolos, hasta llegar a su cuello, donde buscó su pulso con las yemas de los dedos y, cuando lo encontró, inclinó la cabeza y lamió la piel donde latía frenéticamente, para luego raspar el mismo lugar con los dientes, y Gabrielle empezó a creer el rumor que decía que no había nada comparable a hacer el amor con un vampiro.

Killian siguió acariciándola y volvió a besarla. Sus manos moldearon sus pechos jugando con sus pezones, hasta que ella pensó que moriría de placer. Entonces, Killian se levantó e hizo que ella se sentara en la cama para poder cogerla en brazos y llevársela de allí.

—¿Dónde vamos?

La voz de él sonó mucho más grave de lo habitual cuando contestó:

—A mi habitación, no quiero que Amélie, ni nadie, nos interrumpa.

Gabrielle sabía que debía rechazar a Killian, pero lo deseaba demasiado, de modo que, abrazándolo por el cuello, apoyó la cabeza en su hombro y dejó que se la llevara.

Apenas tuvo tiempo de echar un vistazo al lujoso dormitorio en el que entraron, antes de que él la depositase sobre una gran cama cubierta con una suave colcha de color rubí. Desde la chimenea, un alegre fuego caldeaba la habitación, pero Gabrielle no se dio cuenta; su atención estaba fija en Killian que se había quitado la bata, quedándose desnudo, y que gentilmente le hizo abrir las piernas para poder tumbarse sobre ella. Cuando lo hizo, la besó con un gruñido de satisfacción y luego acarició su mejilla con el dorso de la mano.

—Eres una mujer preciosa. —Fascinado, recorrió la mandíbula femenina con su índice izquierdo, bajando hacia su cuello y deteniéndose en el mismo lugar que antes había lamido y raspado con sus dientes, como si estuviera hechizado. Después, observó la larga melena de Gabrielle que se arremolinaba alrededor de los dos, acariciándolos, como si tuviera vida propia y volvió a mirar sus grandes y expresivos ojos castaños, que ahora estaban libres de las horribles gafas que insistía en llevar.

—Escondes demasiadas cosas para que no sienta curiosidad. Eres un enigma, y siempre me han encantado los misterios. —Ella se mojó los labios, nerviosa, y él unió ardientemente su lengua con la suya consiguiendo que, en pocos minutos, los dos ardieran por igual.

—Te deseo, Gabrielle. —Ella gimió acariciando su nuca, deseando que la hiciera suya. Ya no podía pensar en nada más.

Killian frotó su cuerpo con el de ella cuidando de no aplastarla, haciéndola sentir su masculinidad. Pero también quería que percibiera que con él estaría segura, que la alejaría de las pesadillas sumergiéndola en un mundo en el que solo existía el placer y Gabrielle se aferró a él como si fuese su única ancla en medio de la tormenta.

Del pecho de Killian surgió un fiero gruñido que no pudo controlar más y que revelaba deseo sin límites que sentía. Su boca se trasladó hacia la suave y frágil curva de su garganta, donde el pulso latía desenfrenadamente contra la piel sedosa, mientras que su sentido de la justicia lo obligó a avisarla de lo que estaba a punto de ocurrir.

—Necesito beber de ti, el olor de tu sangre me está volviendo loco.

Ella lo miró somnolienta por la pasión y, contrariamente a lo que él esperaba, sonrió aceptando su petición y retirándose la melena del cuello, para que Killian no encontrara ningún impedimento en su camino.

—Bebe. Por favor, toma lo que quieras

Su generoso ofrecimiento provocó que la erección de él aumentara hasta límites insospechados. Suavemente, colocó la cabeza de Gabrielle de manera que estuviera cómoda y ella se mantuvo quieta, tranquila, ofreciéndole su cuello y su confianza, mientras cerraba los ojos y mantenía una sonrisa en los labios deseando sentir cómo la penetraban sus colmillos. Para ella solo existía el placer de esa noche. Había borrado de su mente todo lo demás y ya pensaría al día siguiente qué le depararía el futuro.

Las manos de Killian acariciaron sus brazos, calmándola, luego se inclinó y escondió la cara en el hueco de su hombro, hasta rozar su garganta con los labios, besando su piel apasionadamente. Ella sintió que se derretía al contacto de su boca, deseando que comenzara cuanto antes, ya que sentía que el pulso retumbaba en su cuello esperando los dientes de Killian. Hacía rato que había perdido toda vergüenza y ahora se movía inquieta rozándose contra el cuerpo de Killian.

Él volvió a trazar un camino ardiente con su lengua en el punto donde se agitaba el pulso de Gabrielle, sintiendo un dolor abrasador

provocado por la sed que sentía y que solo podía calmar ella. El cuerpo del vampiro se vio asaltado por una ola de oscuro deseo mezclado con el dolor de la abstinencia, tan fuerte como no recordaba haberlo sentido nunca a lo largo de su dilatada existencia.

Por fin, sujetó su cuello suavemente con su mano e inclinando la cabeza, expuso sus alargados colmillos producto del hambre y del deseo, y la mordió. Gabrielle sintió un fuerte pinchazo que provocó un latigazo de placer en el centro mismo de su ser que creció cada vez más, hasta que sintió una explosión en su interior que la dejó desmadejada en sus brazos. Entonces Killian, en contra de sus deseos, dejó de beber y lamió su herida para que cerrara lo antes posible.

—¿Estás bien? —Ella abrió los ojos, dándose cuenta del aspecto que debía tener, pero eso no le importaba lo más mínimo en ese momento.

—Sí, muy bien —contestó intentando ser educada, aunque solo quería que la dejara dormir

—Duérmete, Gabrielle, esta noche ya no tendrás más pesadillas.

Antes de que hubiera terminado la frase, ella lo había obedecido. Killian se apartó de ella tumbándose a su lado, de costado y abrazándola por la cintura; luego, sin pensar en lo que hacía, besó su pelo suavemente y, satisfecho y relajado, se quedó mirando la luna a través del cristal de su habitación.

Ni siquiera recordaba cuándo había sido la última vez que se había sentido así.

## CAPÍTULO 4

Gabrielle se despertó muy tarde, pero al menos lo hizo en su cama. Cuando iba a levantarse, encontró una nota en la almohada en la que Killian le decía que durmiera hasta la hora que quisiera, que él se encargaría de que nadie la molestara. Mientras acariciaba las letras con el índice derecho se dio cuenta de que no se arrepentía de nada. Había sido una noche mágica y nunca la olvidaría.

Se encontró al mayordomo al pie de las escaleras.

—Buenos días, James. —El anciano contestó con una sonrisa.

—Buenos días, señorita.

—¿Amélie está desayunando?

—No, ella y el señor han salido a montar hace más de una hora, pero no creo que tarden en volver. ¿Quiere que le lleve el desayuno a la salita?

—Sí, por favor.

—Enseguida.

Cuando volvieron, estaba terminando de desayunar. Los dos parecían muy contentos y Amélie se acercó a saludarla.

—¡Gabrielle!, estaba preocupada, ¿te encuentras bien?

—Mientras contestaba, se ruborizó sintiendo la ardiente mirada de Killian sobre ella.

—Sí, sí, ¿por qué no iba a estarlo? —Su pupila se encogió de hombros inocentemente, sin dejar de sonreír.

—No es normal en ti levantarte tan tarde, pero Killian nos ha prohibido que te molestáramos. Decía que seguramente

necesitarías dormir. ¿Era cierto? —Gabrielle bajó la mirada hacia su café, apartándola de los ojos del vampiro que la observaba fijamente detrás de Amélie.

—Sí, tiene razón. Estaba muy cansada.

—Me alegro de que solo fuera eso. Entonces, con vuestro permiso, subiré a darme un baño y a cambiarme de ropa. Killian me ha dejado agotada, había olvidado lo buen jinete que era y cuánto le gusta correr. Tienes que salir a montar con él un día.

Killian, al contrario de lo que solía hacer, no la siguió para cambiarse él también, sino que se sentó con Gabrielle en el salón y pidió al mayordomo que le trajera un café, sin dejar de observarla con una sonrisa íntima.

Gabrielle sentía cada vez más calor.

La mirada que Killian le dirigió al mayordomo cuando le trajo la taza de café fue suficiente para que desapareciera del salón, cerrando la puerta tras él. Gabrielle ya se había dado cuenta de que en muchas ocasiones a Killian no le hacía falta dar instrucciones en voz alta para que se hiciera lo que él quería. Y observó temerosa y dichosa a la vez, cómo se levantaba para acercarse a ella. Cuando se detuvo a su lado, hizo que se levantara cogiéndola de la mano y tirando de ella y, mirándola fijamente, la saludó por primera vez:

—Buenos días, Gabrielle. —Ella se estremeció y él sonrió al sentirlo.

—Hola.

—Me alegra ver que pareces más descansada esta mañana, ¿cómo te sientes?, ¿has dormido bien?

—Sí... tal y como dijiste, no volví a tener pesadillas —susurró.

Killian, todavía con esa sonrisa en los labios, se inclinó y la besó. Fue un beso corto, pero apasionado. Después, volvió a sentarse en su sitio.

Gabrielle suspiró interiormente, porque lo que realmente le gustaría sería volver a la cama para dejarle que le hiciera lo que quisiera. Sus pensamientos parecieron llegar de alguna manera a la mente de Killian, que ya se había sentado, porque la miró fijamente y se dirigió a ella:

—No me tientes, cara, porque soy muy capaz de llevarte a mi cama para no dejarte salir nunca más.

Ella agachó la cabeza y volvió a dedicarse a su desayuno, secretamente encantada por sus palabras, a pesar de que se había prometido hablar con él para solucionar el tema de su marcha. Con un carraspeo, se obligó a intentarlo:

—Señor Gallagher... —él la interrumpió, mientras partía un trozo de pan.

—Será una broma, ¿no? —Lo miró, sin comprender—. ¿En serio me vas a seguir hablando de usted? —Su sonrisa burlona, aunque tierna, hizo que ella le respondiera con otra.

—Está bien —respondió—. Cuando estemos a solas, si quieres... podemos tutearnos. —La sonrisa de él se amplió y ella sintió tener que mentirle, pero estaba demasiado asustada—. Killian —él pareció encantado de escuchar su nombre en sus labios—, por favor, me gustaría que me pagaras, me quedaría más tranquila. Además, necesito comprarme algo de ropa y otras cosas...

—Querida, no necesitas dinero para eso. Independientemente de cuándo te pague ya había decidido que, cuando lleve a Amélie a hacerse ropa, tú también encargues lo que necesites.

—Eso no estaría bien.—él se encogió de hombros como si eso no le importara y ella decidió que sería mejor no discutir sobre algo que no ocurriría—, pero ya lo hablaremos, ahora me conformo con que me asegures que me darás mi dinero. —Él la miró con el ceño fruncido.

—¿Es tan importante para ti?

—Sí, ese dinero supone ser independiente y para mí tiene mucha importancia.

—Entonces, en cuanto terminemos de desayunar, iremos a mi despacho y lo solucionaremos —ella asintió, feliz por haberlo conseguido.

Aunque no quisiera reconocerlo, algo había cambiado en el interior de Gabrielle. Esa misma mañana no sentía la misma urgencia por marcharse que el día anterior, pero, tarde o temprano, tendría que hacerlo si no quería que la descubrieran.

Cuando Killian le dio el dinero, ella se lo agradeció con un murmullo y se dio la vuelta para marcharse, pero él se movió a una velocidad increíble colocándose ante la puerta del despacho.

—No te vayas todavía, por favor. Hay algo que tengo que «tratar» contigo antes.

Killian siempre había creído que cuando dos adultos libres experimentaban una atracción tan fuerte, había que aprovecharlo mientras durara; por eso, cogió los billetes y los dejó descuidadamente sobre la mesa; después, echó la llave de la puerta y arrastró a Gabrielle entre besos y caricias hasta el pequeño sofá que había junto al ventanal donde solía leer para sentarse con ella sobre su regazo. Le quitó las gafas despacio, admirando sus bellos ojos. Todavía no había podido verlos a la luz del sol y ahora se dio cuenta de que no eran totalmente marrones; tenían unas finas vetas doradas que en ocasiones los hacían parecer de color castaño. Decidido, comenzó a quitarle las horquillas, porque también estaba deseando ver su color a la luz del día.

—¡No!, ¿qué haces? —Obediente, Killian se detuvo al sentir la mano femenina en su muñeca, pero con las horquillas que había quitado, el moño comenzó a deshacerse y pudo disfrutar de su pelo en todo su esplendor.

Era castaño, no negro como parecía al llevarlo tan estirado, con reflejos dorados y cobrizos. Se rizaba en las puntas y era tan suave como la seda. Gabrielle observó, muda, cómo él se pasaba un mechón por la cara disfrutando con el roce.

—No sé qué me has hecho, pero no soy capaz de pensar en nada más que en ti. —Ella sonrió tímidamente. Sus palabras consiguieron que venciera su timidez y alargó una mano para acariciarle la mejilla, porque ella sentía lo mismo—. Daría lo que fuera porque estuviéramos solos y no tener obligaciones. Si me dejas, en cuanto pueda, te llevaré a algún lugar para disfrutar el uno del otro sin nadie que nos interrumpa.

Gabrielle se apoyó en su pecho con los ojos cerrados, sintiendo que ese era su sitio.

Killian la besó y gimió de satisfacción. Mordisqueó levemente su labio superior e introdujo la lengua en su boca, provocándola, hasta que Gabrielle lo imitó y un beso dio paso a otro, en una sucesión erótica de caricias y gemidos placenteros y Killian sintió que el placer recorría cada nervio de su cuerpo.

Deseaba desnudarla y deslizar su boca por cada centímetro del cuerpo de Gabrielle, saboreándola. Ella, por su parte, no oponía ninguna resistencia, más bien al contrario, rodeó con su brazo el cuello de Killian apretándose contra él y disfrutando de su cercanía. Siguió besándola hasta que supo que, si seguía así, la tumbaría sobre el sofá y la haría suya de nuevo; por eso, posó su boca en el pulso de la muchacha una última vez, adorándola.

—Gabrielle, te necesito. —Rotó sus caderas frotándose sensualmente contra ella. Gabrielle cerró los ojos al sentir aquel bulto presionando su zona más íntima y se mordió el labio inferior con un gemido de placer—. No quería que llegáramos tan lejos. — Con el pelo suelto, los ojos entrecerrados y llenos de pasión y las mejillas ruborizadas, estaba bellísima—. Eres una mujer muy hermosa. No sé por qué insistes en ocultarlo.

Sus halagadoras palabras tuvieron un extraño efecto en ella que, primero se quedó rígida y segundos después, se levantó de su regazo provocando que Killian se sintiera extrañamente abandonado. Se quedó mirándola con los ojos entornados y los labios apretados en una línea rígida, sin entender qué había dicho para que se pusiera así. Cuando estuvo de pie, Gabrielle se colocó el vestido y carraspeó, nerviosa, antes de decir:

—Es mejor que nos hagamos a la idea de que esto no ha sucedido. Ha sido un error, señor Gallagher. —Se dio la vuelta y, cogiendo el dinero, salió del despacho cerrando la puerta suavemente tras de sí y dejando a Killian rígido por el deseo, insatisfecho y enfadado, a pesar de que era conocido por ser uno de los vampiros más fríos y distantes.

Afortunadamente, ese día Killian tuvo mucho trabajo y no regresó a casa hasta tarde. A la hora de la cena, cansado y hambriento, entró en el comedor decidido a hablar con Gabrielle seriamente. Incluso había preparado lo que le diría, como si fuera un adolescente inseguro que no supiera cómo conducirse. Todo este asunto lo estaba distrayendo de sus muchas ocupaciones. Durante el día había pensado varias veces en ella y en cuál sería su problema, decidido a averiguarlo como fuera. Masculló una maldición al darse cuenta de que ella no bajaría a cenar, lo hizo solo Amélie, vestida con un traje azul que a Killian le pareció que le

estaba algo pequeño. Con una mueca recordó que le había prometido llevarla a la modista y que todavía no lo había cumplido.

A su pupila se le iluminó la cara cuando lo vio de pie frente a la chimenea, con las manos en la espalda, mientras esperaba.

—¡Killian, menos mal! —Se acercó a él para darle su acostumbrado beso en la mejilla—. Creía que iba a tener que cenar sola. —Él arqueó una ceja sin saber a qué se refería.

—¿Y eso?, ¿la señorita Touré no nos va a acompañar? —Amélie desvió la mirada y negó con la cabeza. Killian la conocía bien y se dio cuenta de que le ocultaba algo.

—No, desgraciadamente tiene una fuerte jaqueca. Lleva varias horas acostada.

Killian asintió como si se lo hubiera creído y se dirigió a James, que esperaba en la puerta del salón:

—James, que sirvan la cena, por favor.

—Ahora mismo, milord.

Cuando se sentaron, Killian comenzó una banal conversación que incluía pedir a la muchacha que fijara una cita para el primer día que la modista pudiera recibirlos, y pedirle que le dijera, de verdad, lo que opinaba de su nueva vida en Dublín.

Cuando terminó la cena, fueron a la salita donde Killian se aseguró de cerrar la puerta y pedir a los criados que no los molestaran. Amélie lo miró intrigada.

—Siéntate, querida, hay algo sobre lo que quiero hablar contigo. —Ella obedeció y él lo hizo frente a ella, en su sillón favorito junto a la chimenea. Necesitaba saber cuál era ese secreto inconfesable que se interponía entre él y Gabrielle.

—Claro, dime, Killian.

—Se trata de Gabrielle.

—¡Oh! —La boca de su pupila se abrió formando una circunferencia perfecta y apartó la mirada, como si no le gustara el rumbo que estaba tomando la conversación—. ¿Qué quieres saber?

—Lo que me oculta. Ese secreto que la obliga a querer desaparecer a toda costa. —Amélie se quedó pensativa y tabaleó con los dedos unos segundos sobre la mesa, luego, inclinándose, susurró:

—Te voy a contar lo que sé, porque Gabrielle se merece ser feliz más que nadie y espero que tú puedas ayudarla, ¿de acuerdo? — Killian asintió rápidamente y ella continuó—: Ella nunca me ha contado nada directamente, pero siempre he creído que ocultaba algo sobre su pasado. Algo que la asusta mucho. Y Célestine tampoco me dijo nada.

—¿Crees que Célestine lo sabía?

—Estoy segura porque en una ocasión escuché, sin querer, una conversación entre las dos en la que Célestine trataba de convencer a Gabrielle de que ella no tenía culpa de nada, creo que sus palabras exactas fueron que los hijos nunca deberían pagar por los pecados de los padres. —Killian se recostó, intrigado, en la silla y dijo:

—Continúa.

—Eso fue lo único que oí ese día, pero en varias ocasiones en las que he notado su inquietud le he pedido que me contara lo que le ocurría. Que, si necesitábamos ayuda, siempre podíamos contar contigo, que tú la ayudarías si yo te lo pedía —Killian sonrió, orgulloso de ella—, pero no conseguí convencerla. Además, hay otra cosa... —Se quedó callada, como si no supiera si debía continuar hablando.

—Sigue —ordenó impaciente, Killian.

—No quiero que pienses mal de ella porque la actitud de Gabrielle siempre ha sido irreprochable, pero el hijo de Célestine, Pierre, se encaprichó de Gabrielle y protagonizó un par de episodios algo... desagradables. —Killian se inclinó hacia ella y, rígidamente, preguntó:

—¿Intentó forzarla? —Amélie se ruborizó, pero contestó con seguridad:

—No sé qué ocurrió exactamente, porque yo estaba en mi cuarto, pero Célestine le prohibió que volviera a venir a su casa hasta que ella lo llamara, cosa que no volvió a hacer. Aunque él volvió en cuanto ella murió. Ese día habló con Gabrielle en el salón con la puerta cerrada y no sé lo que le dijo exactamente, pero ella salió muy nerviosa y me dijo que teníamos que marcharnos enseguida de la casa. Es todo lo que sé, pero siempre que le

pregunto por Pierre se pone muy nerviosa, aunque no me quiere contar nada.

—Gracias por ser tan sincera, cariño.

Killian comenzó a planear lo que haría para enterarse de lo que había pasado exactamente y, si era verdad que había intentado forzar a Gabrielle, encontraría a aquel humano y le arrancaría las extremidades de la forma más dolorosa posible.

## CAPÍTULO 5

La pesadilla se repitió con más crueldad que nunca, pero en esta ocasión Killian, que estaba despierto en su dormitorio, saltó de la cama en cuanto escuchó sus primeros lamentos y entró en la habitación de Gabrielle. Se sentó en su cama, y acarició su mejilla con suavidad.

—Despierta. Solo es una pesadilla —su voz traspasó las capas de sueño y abrió los ojos, sobresaltada, al verlo sentado en su cama. Aterrorizada y sin pensar, debido a lo que acababa de vivir, se lanzó a sus brazos y él, encantado de que se refugiara en ellos, aprovechó para llevarla a su dormitorio.

Gabrielle, aún aturdida, se dejó llevar confiadamente. Cuando estuvieron junto a su cama, la dejó en el suelo y se tumbó sobre las sábanas haciendo que ella se tumbara sobre él, intentando que se sintiera más segura de esa manera. Luego, colocó su larga mano en la nuca de Gabrielle y atrajo su cabeza hasta que sus bocas se fundieron para disfrute de ambos.

Su lengua la terminó de despojar de todo pensamiento racional y su exótico olor invadió las fosas nasales de Gabrielle, que lo retuvo en su memoria sabiendo que jamás lo olvidaría. Los labios masculinos recorrieron la mandíbula de la muchacha hasta su cuello y, tomándola de nuevo entre sus brazos, la giró para tumbarla de costado, frente a él. Sus besos eran rudos y dulces a la vez, una mezcla de labios, dientes y lengua. Gabrielle se abrazó a su cuello aceptándolo todo y él, volvió a rodar para ponerse encima de ella, besándola como si quisiera devorarla.

El camisón de ella se le había subido hasta las caderas y Killian deshizo el lazo que lo cerraba a la altura del cuello y apartó la fina tela blanca dejando al descubierto su pecho; tomó el pezón izquierdo entre sus labios y lo chupó, después lo mordió, estirándolo con suavidad, provocando que ella empezara a jadear. Sus gemidos se mezclaron con la agitada respiración de Killian que ya había acomodado su peso entre los muslos femeninos apretándose contra ella, hasta que Gabrielle sintió el roce de su dura vara contra su piel. Killian bebió del otro seno, chupándolo insaciable hasta conseguir que el placer recorriera todo el cuerpo de Gabrielle y siguió acariciándola, preparándola para él. Sus cuerpos se apretaban como si nada pudiera separarlos nunca más, cuando, sin ningún motivo aparente, Gabrielle levantó la cabeza alarmada e intentó detenerlo empujándolo por los hombros.

—No —masculló, con expresión aterrorizada—. Espera, por favor... no quiero continuar.

Él maldijo en una lengua que ella no conocía y, respirando agitadamente, se sentó en la cama pasándose la mano por el pelo, claramente frustrado. Ella aprovechó y se levantó de un salto, quedándose a un paso de la cama, retorciéndose las manos, avergonzada por su comportamiento.

—Lo siento, yo... no pensé que fuéramos a llegar tan lejos. Nunca lo he hecho y... —Pero Killian no estaba de humor para escuchar sus disculpas y, rozando con la lengua sus largos colmillos fruto de la excitación sexual, ordenó:

—Vete.

—Pero...

—Ahora mismo, señorita Touré, a menos que quieras volver a la cama y terminar lo que hemos empezado. —Y cuando la miró con el brillo rojizo en los ojos que ella ya conocía, salió corriendo de la habitación.

Al día siguiente bajó a desayunar agotada y nerviosa por la falta de sueño, pero se relajó al ver que él no estaba en el salón. Solo encontró a Amélie que la saludó con una sonrisa y, al ver sus ojeras, se levantó, preocupada:

—Siéntate, ya veo que has pasado mala noche, te pondré el desayuno. ¿Otra de tus jaquecas? —Gabrielle abrió la boca para

negarlo, pero no tuvo fuerzas para hacerlo y obedeció en silencio. Pero algo dentro de ella le indujo a preguntar:

—¿El señor Gallagher ya ha desayunado?

Amélie esperó a dejar frente a ella un plato con un par de tostadas y un café, antes de contestar:

—Sí, ha salido muy temprano. De viaje. No creo que vuelva hasta mañana o pasado.

—¿Dónde ha ido?

Amélie enarcó una ceja, curiosa, porque ya había notado desde hacía días que algo pasaba entre su tutor y su amiga.

—A visitar a un amigo, Gale Strongbow. Me ha dicho que tenía que pedirle algún tipo de información. —Extendió mantequilla en una de sus tostadas, antes de hacerle la pregunta que le daba vueltas en la cabeza desde hacía un par de días—: ¿Qué ocurre entre vosotros, Gabrielle?

La institutriz dio un respingo y la miró ruborizada.

—No sé a qué te refieres...

—Gabrielle, no tengo ninguna experiencia en el tema amoroso... desgraciadamente —bromeó, consiguiendo que Gabrielle sonriera—, pero cualquiera puede ver que, cuando estáis juntos, el aire a vuestro alrededor se hace más denso... chisporrotea, como si se estuviera fraguando una tormenta. Me percaté de ello en cuanto os vi juntos por primera vez, y todo el mundo se dará cuenta. —Se encogió de hombros con una sonrisa—. No me malinterpretes, me encantaría que tuvierais una relación de verdad, sois mis personas favoritas, pero no quiero que te hagan daño. —Hizo una mueca—. He oído historias sobre los vampiros y las humanas...

Todo el mundo había oído esas historias. Según esos rumores, existían humanas que dejaban que los vampiros bebieran su sangre, generalmente a cambio de dinero, y al hacerlo se transformaban en una especie de esclavas incapaz de dejar de servirlos, debido al placer que sentían al hacerlo. Y a ella le aterrizzaba que le ocurriera algo parecido. Tragó saliva, pero, afortunadamente, Amélie se apiadó de ella y cambió de tema.

—Killian me ha dicho antes de irse que ayer envió una nota a miss Kristel para abrir una cuenta a mi nombre en su establecimiento. Quiere que vaya cuanto antes a renovar mi

guardarropa. —Evitó decirle que Killian le había ordenado que también encargara toda la ropa que Gabrielle pudiera necesitar—. Según me ha asegurado, es la mejor modista de Dublín.

—¿Quieres que vayamos hoy?

—Si no te parece mal, después de desayunar —Gabrielle asintió y dejó la tostada en un lado del plato, desistiendo de intentar comérsela. Saber que Killian se había ido por su culpa después de su vergonzoso comportamiento de la noche anterior, era suficiente para que se le hubiera revuelto el estómago.

Las cuestiones que tenía que tratar con Gale Strongbow podían haber esperado a que su amigo viajara a Dublín como solía hacer con su nueva esposa, Brianna, cada pocos meses, pero Killian había aprovechado esa excusa para alejarse de Gabrielle durante un par de días y poder pensar.

La pasión que sentía por ella aumentaba día a día y no quedaba mucho para que no pudiera controlarse si, por ejemplo, ella quería parar, como había ocurrido la noche anterior. Aprovechó las cuatro horas de viaje para pensar con lógica sobre lo que sentía, algo que le fue mucho más sencillo ahora que se había alejado de Gabrielle. Cuando su caballo se detuvo frente a Strongbow Abbey, sintió un nuevo vigor recorrer su cuerpo esperando que su amigo le confirmara que, lo que sospechaba, era cierto.

Gale, con su característico pelo rubio y sus inteligentes ojos negros, lo esperaba en las escaleras de su mansión, sonriéndole, aunque su mirada transmitía cierta sorpresa.

—Bienvenido, Killian, me alegro de verte.

—Hola, Gale. —Se abrazaron como familia ya que, debido a hechos recientes, eran buenos amigos—. Perdona que me presente sin avisar. —Su amigo, elegante como siempre, hizo un gesto impreciso con la mano, como si tal cosa no tuviera importancia.

—Sabes que puedes venir cuando quieras. Nos encanta que lo hagas. —Observó el ligero bolso que el conductor bajó del coche—. Veo que no piensas quedarte demasiado tiempo.

—No. —Mientras hablaban, caminaban hacia la entrada—. Pretendo volver mañana a Dublín, solo quería hablar contigo acerca de algo. —Miró extrañado a su alrededor—. ¿Dónde está la encantadora Brianna?

—Ha ido al pueblo, volverá dentro de un rato.

Gale, dándose cuenta de que era algo personal, puso la mano en el hombro de su amigo:

—Sígueme, tengo un *whisky* de doce años en el despacho que hemos sacado de la barrica hace poco y necesito que me digas qué te parece.

Uno de los principales negocios que había montado Gale en su larga vida y el más fructífero, sin duda alguna, era la fabricación de *whisky*. Su marca había conseguido tener una fama merecida en todo el mundo.

—No sabes cómo lo necesito. —Killian suspiró deseando poder hablar con alguien que lo entendiera.

Gale asintió con un golpe suave de cabeza, aunque sin saber cuál podía ser la razón para la expresión que veía en su amigo, nunca le había visto tan... desconcertado.

—Entonces, vamos a mi madriguera. —Así es cómo llamaba a su despacho desde que se había casado, ya que era como lo hacía Brianna. Su reciente esposa bromeaba a menudo con él, diciéndole que le encantaba esconderse allí.

Killian se sentó y aceptó con un murmullo de gratitud el vaso de cristal tallado con dos dedos de *whisky*. El delicioso aroma del líquido dorado asaltó su olfato, lo probó y cerró los ojos extasiado; sorprendido, volvió a dar otro sorbo y miró a Gale. Su amigo esperaba sus comentarios con una sonrisa paciente, sabiendo que nunca había probado algo parecido.

—¿Cómo has conseguido ese sabor dulce y picante a la vez?

Gale soltó una risita divertida.

—No voy a revelarte mis secretos, solo déjame decirte que, cuanto más lo saboreas, más cosas descubrirás sobre él. Es un *whisky* sorprendente. —Levantó el vaso y miró el líquido a la luz del sol que entraba por la ventana. Recordando la situación de su amigo, lo dejó sobre la mesa—. Ahora dime, ¿en qué te puedo ayudar?

Killian se irguió en la silla y entrecerró los ojos algo incómodo, entonces, llamaron a la puerta del despacho.

—¿Gale?, ¿estás ahí? Me voy ya. —Killian elevó los ojos al techo deseando no haber olvidado que Fenton el hermano de Gale y

que, además, trabajaba a sus órdenes en La Brigada, iba a estar en casa de su hermano pasando unos días de vacaciones.

Gale, al ver el gesto de fastidio de Killian sonrió irónicamente porque por primera vez estaba viendo a un Killian distinto del tipo frío y calculador al que los tenía acostumbrados.

—Pasa, Fenton. Estoy seguro de que te encantará saludar a nuestro visitante antes de marcharte.

Una copia de Gale, algo más joven y musculosa, pero con el mismo pelo rubio y ojos negros, entró con una expresión cauta en el rostro que se transformó en otra de desconcierto.

—¡Qué sorpresa! —Killian se levantó para saludarlo. Fenton estaba sorprendido—. ¿Has venido a verme?

—Ni siquiera sabía que estabas aquí. No, he venido para hablar con Gale —Fenton asintió.

—Ya, bueno, yo había pensado ir a visitarte mañana para preguntarte qué querías que hiciera ahora. —Killian miró a Gale, pero este permaneció sentado paladeando su *whisky*, dándole a entender que no pensaba moverse, a pesar de saber que estaban hablando de una sociedad secreta. Fenton intentó explicar la actitud de su hermano—: Gale sabe lo de mi trabajo en La Brigada. —En cuanto lo dijo se puso a la defensiva al ver la mirada que le dirigió Killian—. ¡Oye!, que yo no le he dicho nada, pero ya lo conoces...

Sí, Killian sabía cómo era Gale. Después de él, era el vampiro con la energía mental más poderosa que había en toda Irlanda, y se le consideraba capaz de leer los pensamientos de cualquiera. Hubiera sido un gran valor para La Brigada, pero nunca había querido trabajar con ellos, sin embargo, Fenton llevaba años siendo el mejor de sus hombres.

Killian volvió a sentarse y decidió aprovechar la presencia de Fenton.

—Pensándolo bien, sí que tengo un trabajo para ti. Tendrás que viajar a Francia, y necesito que lo hagas lo antes posible. —Fenton asintió muy serio, mirándolo fijamente—. Quiero que vayas a Burdeos. Allí hay una academia para artes marciales que dirige un amigo de origen chino llamado Lee Ping. Dale esto cuando te presentes. —Sacó una de sus tarjetas y escribió algo al dorso, luego se la entregó—. He escrito el nombre de una mujer, Gabrielle Touré.

—Killian sintió la necesidad de beber otro trago porque sintió la garganta seca, como si estuviera cometiendo una traición—. Necesito averiguar todo sobre ella y él te ayudará a hacerlo. —Dudó un par de segundos, pero apretando la mandíbula, continuó—: Dile a Lee que la señorita Touré estuvo trabajando hasta hace poco en el internado de señoritas que hay en el pueblo, él sabe cuál es. Estoy seguro de que la conocerá, además, sabrá cómo enterarse de lo que no sepa. Y, Fenton, no me importa lo que te cueste, quiero saberlo todo sobre ella.

La expresión de Fenton había dejado de ser la del muchacho indolente perteneciente a la alta sociedad que solo pensaba en pasarlo bien, a la del rastreador incansable que Killian tan bien conocía. Decidido, subió a hacer el equipaje para marcharse lo antes posible.

Killian permaneció en silencio durante varios minutos, pero a Gale no le pasó desapercibida su inquietud.

—Amigo, no quiero cotillear, pero, si de verdad quieres hablarlo, este es el mejor momento para hacerlo.

Killian lo miró fijamente con sus acerados ojos verdes y asintió, suspirando antes de tomar la palabra para confesar a su amigo lo que le ocurría.

## CAPÍTULO 6

—V venir a verte fue una decisión que tomé en el último momento. Necesitaba alejarme de mi casa como fuera, así que cogí algo de ropa y pedí que me prepararan el caballo. Afortunadamente, antes de salir, se me ocurrió que serías el único, en toda Irlanda, que podría aconsejarme sobre un asunto.

Gale apoyó la espalda totalmente en su sillón, estiró las piernas y, totalmente acomodado, esperó.

—He conocido a alguien hace unos días.

Su amigo no mostró sorpresa porque, por propia experiencia, se esperaba algo así. Era la única cosa que a un vampiro con una existencia tan antigua como la de Killian podía afectarle tanto.

—Una humana —continuó Killian— y resulta ser la institutriz de Amélie, de manera que está viviendo en mi casa.

—Miró a Gale fijamente, pero su cara estaba vacía de emociones—. Desde el mismo instante en que la conocí, sentí un hambre feroz por su sangre; se me alargaron los colmillos involuntariamente, algo que no me pasaba desde la adolescencia —masculló, disgustado—, y deseé, más que nada en el mundo, llevarla a mi cama y hacer con ella lo que quisiera durante días. Hacía años, ¡qué digo años!, ¡decenas de años que no sentía algo así! —Se quedó pensando unos segundos en lo que acababa de afirmar—. En realidad, no sé si alguna vez había sentido algo tan fuerte —murmuró y Gale no pudo evitar hacer una mueca burlona. Al verlo, Killian detuvo su explicación para preguntar—. ¿Qué pasa?

El rubio se encogió de hombros.

—Que estás detallando exactamente lo que sentí cuando conocí a mi mujer y me ha hecho gracia, nada más. —Killian entrecerró los ojos—. Es el frenesí de sangre. Se siente cuando conoces a tu velisha, recuerda que lo hablé contigo —Killian asintió—, y según va pasando el tiempo el impulso se hace cada vez más fuerte, hasta que llega un momento en el que tienes que ceder a él o... —Volvió a encogerse de hombros.

—¿O qué? —Su amigo hizo un movimiento negativo con la cabeza, como si no quisiera seguir hablando—. Dilo, Gale, ¿qué ocurriría si alguno de nuestra especie encuentra a su velisha y no la toma como compañera?

—No lo sé exactamente, pero estoy seguro de que su existencia no sería muy larga después de eso. La velisha, si te fijas en los pocos casos que conocemos, suele aparecer cuando el vampiro se siente hastiado de todo y quiere que llegue el final de su vida. Es lo que yo sentía, incluso había empezado a pensar en mi ceremonia final y estaba preparando mi testamento.

—No lo sabía. —Killian estaba algo abochornado por no haberse dado cuenta en aquel momento.

—No es algo que tengas ganas de contar a nadie. Ni siquiera se lo había dicho a Fenton.

—¿Fue entonces cuando conociste a Brianna?

—Sí, y todos esos lúgubres pensamientos desaparecieron. Además, volví a tener sentimientos —su cuerpo, inconscientemente, se inclinó hacia Killian intentando hacerle entender—, volví a sentir de verdad, no por obligación, ¿sabes lo que te quiero decir? Desde entonces, los abrazos de mi hermano volvieron a significar algo, además de ser una costumbre, volví a quererlo, lo que hacía lustros que no era capaz de sentir. —Bebió el último trago del *whisky* mirando el vaso vacío con una mueca amarga en el rostro—. Ya ni recordaba lo que era eso. Ahora preferiría morir, a volver a sentirme así de vacío por dentro.

—Entiendo. —Y era verdad que lo hacía.

—Si es tu velisha, amigo, no dejes que se te escape y no solo por ti. Recuerda que, al igual que ella es tu destino, tú eres el suyo.

—Viniendo para acá, he recordado que tenías copias de los pergaminos de los eruditos donde está recopilada toda la información que existe sobre las velishas. Me la enseñaste cuando tuve que dictaminar sobre vuestra unión como magistrado.

—Sí. ¿Quieres verlos? —Killian asintió con un movimiento rígido y esperó a que buscara las hojas y que se las entregara, luego, dejó el vaso sobre el escritorio de su amigo y las leyó, traduciendo el idioma antiguo sobre la marcha:

Consejo de Eruditos de Baddlevam

(Extracto copiado de uno de los tomos que se encuentran en la Biblioteca del Club Enigma de Dublín).

... Recientemente hemos conocido el caso de un acoplamiento entre un vampiro y una hembra humana, el primero de la Era Moderna, y por eso podemos confirmar que siguen naciendo mujeres destinadas a ser las compañeras de algunos de nuestros machos y que, cuando sus dos corazones se unen, se complementan de una manera que todavía no somos capaces de explicar.

En la Era Antigua, estas mujeres eran llamadas velishas y según los Pergaminos de Naghar, en sus manos se encuentra la salvación de todos aquellos machos que han perdido las ganas de vivir. Son, además, la única posibilidad de que vuelva a haber niños en nuestra sociedad.

Para que la humana se convierta en uno de nosotros, el vampiro y ella tienen que aparearse tres veces en la misma noche y, en cada una de las tres ocasiones, los dos tienen que intercambiar su sangre en la mayor cantidad que sea posible. Solo entonces ella se transformará, sufriendo una dolorosa transición que puede durar varias horas.

A partir de ahora, el Consejo de Eruditos de Baddlevam consideraremos como una prioridad estudiar este nuevo sesgo de los acontecimientos, y cualquier descubrimiento que hagamos seguiremos anotándolo en estos tomos...

Killian levantó la vista intentando aceptar que aquello que había leído hacía unos meses para dictaminar si la unión de Gale y Brianna era legal, ahora le afectaba a él, pero Gale le dijo:

—Da la vuelta a la hoja, hay algo más.

Killian obedeció y siguió leyendo.  
Pergaminos de Naghar  
Biblioteca del Club Enigma, Dublín.

... por su naturaleza, los machos de nuestra especie dejan de tener emociones en algún momento a lo largo de su vida adulta, algunos de manera repentina y otros gradualmente, pero esa situación es reversible, basta con que el macho encuentre a su velisha.\*

\*velisha: En el idioma antiguo significa pequeño milagro y es el único ser que puede lograr que un vampiro vuelva a sentir.

—Si esa mujer es tu velisha, deberías estar agradecido.

—Entiendo, pero te puedo asegurar que, hasta ahora, yo no había sentido deseos de dejar de vivir. Mi trabajo me parece muy interesante y hay muchas cosas en mi vida que me llenan.

Pero Gale no lo dejó seguir hablando:

—No estamos hablando de eso, Killian. Por supuesto que puedes encontrar cosas por las que merezca la pena vivir, pero yo hablo de vivir con pasión, de verdad —su voz se hizo más grave y sus ojos negros tomaron durante un segundo un tinte rojizo—. Para mí, cada momento que paso lejos de ella, es doloroso. No significa que no pueda respirar ni nada parecido, pero cuando vuelvo a verla, es como si mi corazón volviera a latir. Hasta que no conocí a Brianna, no supe lo que era la felicidad. No sé explicártelo de otra manera.

—Ya.

—¿Qué vas a hacer?

—Antes estaba decidido a que no se fuera de mi lado, pero después de lo que me has contado, la seguiré hasta el fin del mundo si es necesario.

Gale no había querido preguntar nada, pero después de ver el encargo que le había hecho a Fenton, estaba claro que la humana tenía algún problema que Killian no le había contado. Pero su amigo lo descubriría de una manera u otra y lo resolvería. Estaba seguro.

Después de desayunar, Gabrielle y Amélie fueron a la modista, y poco después la institutriz estaba sentada esperando a que Amélie se pusiera un vestido que miss Kristel (que había resultado ser una mujer inesperadamente joven y atractiva) tenía confeccionado,

cuando, producto de lo que solo se podía llamar una encerrona, aparecieron dos ayudantes de miss Kristel que la hicieron levantarse para tomarle medidas.

A pesar de sus protestas, la despojaron de su viejo vestido gris, llevándose una de ellas fuera de la habitación y la dejaron en ropa interior en el probador. Con los brazos cruzados sobre el pecho y a punto de perder la paciencia, observó asombrada cómo, la que creía su amiga, entraba en el probador con un vestido precioso color granate entre los brazos que hizo que Gabrielle enmudeciera. Nunca podría ponerse algo semejante, eso lo sabía perfectamente, pero valoraba una obra de arte tanto como cualquiera. Amélie, como si supiera cuál era el deseo de su alma traidora antes que ella misma, lo sujetó por los hombros enseñándole con una sonrisa provocadora.

—No te enfades, Gabrielle, solo quiero que disfrutes un poco de la vida. Eres tan joven como yo y, sin embargo, te comportas como una ancianita.

—Eso no es verdad —barbotó, indignada—. ¡Te llevo siete años!  
—Amélie chasqueó la lengua, intentando no parecer tan satisfecha de sí misma como se sentía. Desde que se había dado cuenta de la atracción que había entre Killian y Gabrielle, había decidido tomar cartas en el asunto.

—Son solo seis, pero bueno. —Se encogió de hombros con un deje tan francés, que, a su pesar, Gabrielle sonrió un poco, admirando la elegancia de su amiga.

Cuando la conoció en el internado, hacía ya cinco años, era una joven algo salvaje, aunque era buena estudiante y todas las tardes era adiestrada en defensa personal por un extraño hombre chino del que hablaban todas las profesoras, pero la contribución al internado del tutor de Amélie era tan grande, que nadie se atrevió a oponerse a sus deseos. Un carruaje la llevaba todos los días a la residencia de aquel hombre durante un par de horas. Por eso, cuando Célestine la contrató, le pidió que se esforzara especialmente en sus modales, que hiciera de ella una señorita. Y Gabrielle estaba muy orgullosa de haberlo conseguido. Amélie ahora podría dar clases a cualquiera sobre comportamiento y estilo.

—Vamos, te ayudaré a probártelo, les he dicho a las chicas que lo haría yo, porque a ellas seguro que les decías que no te lo pondrías. —Decidida, se acercó a ayudarla—. Vamos, Gabrielle, hazlo por mí.

Tentada, a su pesar, por el precioso vestido, permaneció callada y dejó que se lo deslizara por la cabeza manteniendo los brazos en alto para ayudarla a hacerlo. Luego, mientras ella se lo abrochaba por detrás, se miró en el espejo y agrandó los ojos, atónita, sin creerse que la belleza que la miraba desde el otro lado del cristal fuera ella.

Cuando terminó de ejercer de doncella, Amélie dio un paso atrás y suspiró al imaginar la cara que pondría Killian cuando la viera. Aunque eso no se lo iba a decir a Gabrielle, estaba segura de que babearía como un perro ante un kilo de chuletas. Con una sonrisa maliciosa, preguntó:

—¿Te gusta?

Gabrielle rozó con los dedos el fino tejido que acariciaba su piel.

—Ya sabes que es precioso, pero no es para mí. No está hecho para una institutriz.

—No seas tan aburrida, Gabrielle. Vamos, te ayudaré a quitártelo y luego podemos irnos. —Le desabrochó la espalda con la misma eficacia que la mejor de las doncellas y luego se lo sacó por la cabeza—. Ahora te traerán tu vestido y nos iremos cuando quieras.

Gabrielle frunció el ceño, extrañada.

—Pero, no he visto lo que has elegido... ¿no quieres que te aconseje? —Amélie no tuvo ningún problema en mentir:

—No te preocupes, lo más importante hoy era que me tomaran las medidas.

Era una mentira piadosa porque lo cierto era que estaban allí sobre todo para hacerle un guardarropa a ella. Amélie se encargaría algún vestido para disimular, pero consideraba que ya tenía muchos, incluso algunos sin estrenar, pero su amiga solo tenía dos, y otro para los domingos y fiestas, que era casi más deprimente que los de diario. Así que había decidido hacer todo lo posible para facilitar las cosas entre ella y Killian. Estaba segura de que solo necesitaban un pequeño empujón como ese y, además, ya tenía pensado dónde podía lucir ese precioso vestido granate.

Precisamente hacía un par de días que había llegado a casa de Killian una invitación para una fiesta que se celebraría la noche siguiente, y creía que ese vestido era perfecto para la ocasión. Necesitaban pasar un rato a solas, sin ella y sin los sirvientes. Ahora solo faltaba arreglar algunos detalles, como asegurarse de que Killian volviera a tiempo, y ¡el juego empezaría!

Una vez en casa, en cuanto Gabrielle subió a su habitación para ponerse los zapatos de estar por casa, sacó el sobre que había guardado el día anterior en su bolso, y se lo dio a James diciéndole que necesitaba que uno de los lacayos lo llevara urgentemente a casa de Gale Strongbow, para que se lo entregara a Killian. James la miró con las cejas enarcadas por la sorpresa.

—¿Está segura de que no puede esperar, señorita? Recuerde que la finca del señor Strongbow está a varias horas de viaje y el señor me aseguró antes de marcharse que, si no volvía mañana, lo haría pasado, como muy tarde.

Amélie puso su cara más inocente y contestó:

—Me temo que es un asunto urgente, James. Es muy importante que mañana, a primera hora de la tarde esté aquí y eso solo podrá hacerlo si sale mañana por la mañana.

James le lanzó una última mirada de sospecha, pero no podía insistir más, aunque la conocía tan bien que intuyó que había gato encerrado.

—Está bien, ahora mismo enviaré a uno de los lacayos con el sobre.

Después de una inclinación de cabeza se marchó a la cocina, mientras que Amélie se encaminaba hacia las escaleras con el paquete que le había dado la modista. En él estaba la segunda parte de su plan.

## CAPÍTULO 7

*K*illian ya había decidido volver al amanecer porque se había pasado la noche soñando con Gabrielle, pero se reafirmó en su decisión al leer las escuetas palabras de su pupila:

Querido Killian:

Si ya has terminado con tus asuntos, te agradecería infinitamente que volvieras mañana por la mañana, a tiempo para acompañarnos a Gabrielle y a mí, a la fiesta de Cian Connolly que se celebrará mañana por la noche y que, según me han dicho, es la más importante de la ciudad.

Te recuerdo que nunca has querido llevarme hasta que fuera mayor, pues ahora lo soy, así que no tienes excusa. De todas maneras, si no estás aquí cuando sea la hora, Gabrielle y yo iremos solas. Estoy segura de que allí encontraremos a algunos amigos tuyos, de moral totalmente irreprochable, con los que podremos bailar y entretenernos.

Amélie.

«¡Esa pequeña manipuladora!», pensó, sintiéndose extrañamente orgulloso de ella, sabía qué tecla tenía que pulsar para incitarle a actuar.

Gale y Brianna, junto a los que estaba cenando cuando le entregaron el sobre, se sorprendieron al escucharle decir al muchacho que le había traído la carta, que cenara y se acostara pronto porque saldrían al día siguiente al amanecer.

Brianna, cuyo corazón se preocupaba por todos, hasta por los que no conocía, preguntó:

—¿Ocurre algo en tu casa?

—Nada grave, mi pupila quiere que la acompañe a una fiesta. — Guardó la nota bajo su chaqueta—. Me estabas contando cómo le iba a tu hermana en la clínica. —Lilly, la hermana de Brianna, llevaba varios meses en una clínica en Italia donde estaban tratándola de tuberculosis.

—Sí, está mucho mejor, gracias por preguntar. Seguramente en pocas semanas iremos a verla. —Miró a su marido con tal adoración que el corazón de Killian dio un vuelco y se sintió como si no estuviera presente. Gale, cogiendo la mano de su esposa, besó su dorso antes de confirmar sus palabras.

—Sí, hemos tenido que esperar un poco porque el médico nos dijo que no era conveniente que fuéramos demasiado pronto, para que ella se acostumbrara a la clínica, pero Brianna ya no aguanta más. Así que saldremos en dos semanas.

—Me alegro mucho, Brianna. Tiene que haber sido muy difícil para ti. —Lilly solo tenía doce años y estaba a punto de morir cuando Brianna se había ofrecido a Gale para que bebiera su sangre, y así poder pagar a un médico para que la tratara.

Brianna negó con la cabeza y volvió a mirar a su marido.

—Ha sido duro, pero, afortunadamente, encontré a Gale.

Después de eso, Killian se despidió lo antes posible y se fue a su dormitorio, deseando dejar solos a sus anfitriones.

A pesar de llevar más de un año casados, seguían de luna de miel.

Amélie se había levantado muy temprano para prepararlo todo y su planificada ofensiva empezó cuando Gabrielle bajó a desayunar. Las bolsas que tenía debajo de los ojos consiguieron que Amélie aún se afianzara más en su decisión, segura de que lo que sentía por Killian no le había dejado dormir, aunque sonrió como si no hubiera notado nada.

—¡Buenos días, Gabrielle! ¿Cómo estás? —La aludida intentó sonreír, aunque le costó hacerlo y se dirigió a por un café, como hacía siempre.

—Bien, querida, y tú, ¿cómo has dormido?

—¡Estupendamente, gracias! —Era cierto, una vez que tuvo todo planeado, cerró los ojos y se durmió como un bebé.

Esperó a que Gabrielle se despejara un poco antes de hacer la primera petición.

—Por cierto, necesito pedirte un favor, aunque sé que te va a costar mucho decirme que sí. —Gabrielle la miró con algo de sospecha por la forma de pedírselo.

—Sabes que, si está en mi mano, lo haré.

—En tu mano está.

—Entonces, dalo por hecho.

—¡Estupendo! Porque necesito que me acompañes al baile que se celebra esta noche en casa de Cian Connolly, el dueño del Club Enigma. —Gabrielle dejó la tacita en el plato con un golpe seco, incrédula.

—¡No podemos ir solas a un baile! Y, menos, si no conocemos a nadie.

—No iremos solas, Killian viene de camino, así que iré con él... pero, ya sabes que no podemos ir los dos solos, sin dama de compañía, siendo soltera y con mi edad. Sería muy llamativo. —A pesar de lo tonto que le parecía lo que acababa de decir, consiguió aparentar seriedad. Gabrielle, que sabía que ella pensaba que todo eso eran estupideces, la miró con los ojos entrecerrados.

—No me habías dicho nada de ese baile... y ¿qué es eso del Club Enigma?

—Es un lugar de lo más misterioso cuyos socios son, en su mayoría, vampiros. —Se inclinó hacia su amiga emocionada antes de susurrar—: Creo que allí guardan sus documentos más antiguos y se reúnen sociedades secretas que realizan todo tipo de ritos de los que no tengo ni idea, pero que me encantaría conocer, la verdad. Y el dueño es lo más misterioso de todo, estoy deseando conocerlo desde hace años. Killian siempre me decía que me llevaría a una de sus fiestas cuando fuera mayor.

Gabrielle bajó la mirada hacia su taza, como si allí pudiera encontrar la respuesta a alguna pregunta de gran importancia para ella. Amélie decidió darle un pequeño empujón para que se decidiera.

—Entonces, ¿qué?, ¿me vas a acompañar o tenemos que quedarnos todos en casa? —Gabrielle la miró. Sabía perfectamente que, si se lo pedía así, no se podía negar.

—Te acompañaré, por supuesto. Siempre que a Killian le parezca bien...

—Claro que sí. —No le pasó desapercibido que ya lo llamaba por su nombre de pila, e impulsivamente se levantó y le dio un beso en la mejilla. Estaba muy contenta de ver que todo estaba saliendo como quería—. ¡Muchas gracias, Gabrielle! ¡Te prometo que no te arrepentirás!

El viaje de vuelta había sido infernal, incluso tuvieron que parar en un mesón a medio camino, debido al torrente de agua que les estaba cayendo desde hacía más de una hora. Después de cuatro horas de parada, pudieron continuar con su viaje y llegaron a casa poco antes de comer. Killian estaba agotado, sucio y hambriento, pero necesitaba hablar con Gabrielle a quien vislumbró a media escalera. Después de darle su abrigo empapado y su sombrero a James, la llamó, para que se detuviera. Sabía que huía de él, pero no dejaría que lo hiciera.

—¡Gabrielle! Quisiera hablar un momento contigo, por favor. Si eres tan amable... —señaló la pequeña habitación que había junto a la entrada, en la que la chimenea estaba encendida. James desapareció sigilosamente, así como Amélie, que había subido las escaleras en cuanto lo vio llegar para dejarlos solos, y que entró en su habitación sin hacer ruido.

Gabrielle apretó los labios en una fina línea, enfadada consigo misma por no haber subido lo bastante rápido para que no la viera, y volvió a descender y pasó junto a él con un murmullo de aceptación. Killian la siguió y cerró la puerta para que estuvieran tranquilos.

—Siéntate, por favor. —Ella lo hizo sobre el borde de una silla, erguida, como si quisiera que él viera que se sentía incómoda. Killian permaneció unos segundos de pie, con las manos sobre las estrechas caderas, mirándola y luego, se sentó frente a ella. Había muchas cosas que quería decirle, pero tenía que pensar cómo lo hacía para no asustarla.

—Gabrielle, he estado pensando mucho en lo que ocurre entre nosotros. —Ella se ruborizó y agachó la mirada, pero él necesitaba

ver sus ojos, aunque fuera con aquellas gafas tan horribles. Suavemente, levantó su cara—. No apartes la mirada, por favor, y no te avergüences por lo que sientes, es algo natural.

—Para mí no —protestó ella frunciendo los labios en un mohín que Killian tuvo que controlarse para no besar.

—Sé que es algo primitivo por mi parte, pero me alegro de oírlo y, si te soy sincero, yo tampoco había sentido nada parecido. —Ella se ruborizó aún más—. Pero quiero que sepas que, por muy excitado que esté y por mucho que te necesite, siempre me detendré si me lo pides, ¿entiendes? Te daré todo el tiempo que necesites hasta que te acostumbres a mí.

—Killian, te recuerdo que voy a marcharme pronto. Y, aunque no lo hiciera, lo que dices no tiene sentido, no lo entiendo... ¿o me estás pidiendo que sea tu amante? Porque entonces... —Killian le puso el dedo índice sobre los labios para que no siguiera hablando.

—Calla, quiero cosas de ti que no creo que estés preparada para oír todavía. Lo quiero todo, Gabrielle, todo lo que tengas para entregar, pero, a cambio, yo haré lo mismo... —Se mordió la lengua al ver su cara, era demasiado pronto—. De momento me conformo con que me vayas conociendo para que confíes en mí, ¿te parece bien? —ella asintió, aunque seguía sin entender nada, pero, a esas alturas, solo aspiraba a volver a su habitación. Entonces, él volvió a sorprenderla.

—Ven aquí.

—¿Dónde?

—Aquí. —Se palmeó el regazo y ella se negó con un murmullo, pero Killian cogió su muñeca y tiró de ella con una sonrisa traviesa, luego, agarrándola por la cintura, hizo que se sentara sobre sus piernas y se la quedó mirando, fascinado.

—Eres bellísima. —Le quitó las gafas con cuidado y se inclinó sobre su cuello olisqueándolo. Dejó escapar un gruñido provocado por el hambre, hacía demasiado que no se alimentaba de sangre, pero algo dentro de él se negaba a acudir a ninguna de sus suministradoras habituales.

Gabrielle de alguna manera notó su hambre y sintió la necesidad de ayudarlo.

—¿Necesitas beber sangre? —Echó su cuerpo unos centímetros hacia atrás para poder ver su cara y se dio cuenta de que estaba mucho más pálido de lo habitual, además de que tenía bolsas debajo de los ojos y su cuerpo estaba muy rígido.

—Eso no importa, es solo que no he acudido a... —Se encogió de hombros y se llevó su mano a la boca para besarla, provocando que el corazón de ella se saltara un latido.

—Lo entiendo, Amélie me ha explicado que en el Club Enigma existe una lista de mujeres a las que pagáis muy bien para poder beber de ellas cuando lo necesitéis. —Killian sonrió al observar los celos en su voz—. También me dijo que podéis llegar a poneros muy enfermos si no tomáis sangre regularmente. Yo... yo estaría dispuesta a hacerlo, si tú quieres.

Su voz temblorosa por el deseo consiguió que su erección creciera y ella, al notarlo, gimió por lo bajo.

—¿Quieres que beba de ti, Gabrielle? —Ella se acaloró de solo pensarlo.

—Sí. —Había tenido mucho tiempo para pensar mientras él había estado fuera y se había arrepentido demasiadas veces de no haber terminado lo que empezaron en su habitación. Estaba segura de que Killian sería la única oportunidad que tendría de vivir una aventura de verdad y sabía que él jamás se lo contaría nada a nadie. Así que había decidido que, si surgía la oportunidad, pasaría una noche con él—. Me gustaría darte la sangre que necesitas.

Los colmillos de Killian crecieron, estirándose al máximo, deseando clavarse en su vena. Se levantó y la llevó al sofá que había junto a la chimenea.

—Ven, aquí estaremos más cómodos.

—Pero, los criados...

—No te preocupes, le he dicho a James que nadie debe molestarnos.

La sentó en el sofá y él lo hizo a su lado. Se inclinó sobre ella y volvió a olisquear su vena, luego la lamió varias veces emitiendo un gemido gutural. Gabrielle permanecía con los ojos cerrados disfrutando del momento. La sujetó suavemente por el cuello con la mano derecha para que no se moviera, y pegó un último lametón en su vena, luego, clavó los colmillos en ella. Gabrielle abrió la boca,

pero no emitió ningún sonido mientras se echaba hacia atrás en el asiento, sintiendo que una llamarada de fuego la recorría de arriba abajo. Entonces él comenzó a beber.

Inclinado sobre ella, realizaba suaves movimientos de succión que ella pudo ver cuando abrió los ojos y sintió la necesidad de acunarlo contra su cuerpo. Instintivamente puso la mano sobre su nuca dándole un suave masaje, que provocó un gemido de placer que surgió del pecho de Killian y que su cuerpo se relajara visiblemente.

Gabrielle volvió a cerrar los ojos, pero no dejó de acariciarlo hasta que él terminó, un rato después. Nunca supo cuánto tiempo había durado aquel momento que a ella le provocó deseo y ternura al mismo tiempo, solo se dio cuenta de que se había terminado cuando él apartó los labios de su vena y lamió los pinchazos, que él mismo había provocado, varias veces para que se cerraran. Luego, somnoliento, levantó la cabeza y la miró. Gabrielle, sorprendida, vio que su mirada se había transformado, ahora era relajada y la miraba con adoración. Sus mejillas habían cogido algo de color y su piel parecía más lozana, pero volvió a ocultar la cara en el cuello de ella abrazándola con ternura.

—Déjame que descanse aquí un momento.

—¿Te encuentras mejor? —él asintió con un gemido placentero, pero ella se dio cuenta de que se estaba quedando dormido. Esperó un par de minutos y al ver que no reaccionaba, le dijo:

—Killian, despierta, tienes que irte a la cama. —Él se negó con un murmullo, acomodándose mejor en el sitio. A Gabrielle se le ocurrió una proposición que creía que no rechazaría:

—¿Quieres que vaya contigo a tu dormitorio? —Levantó la cabeza y la miró con ojos esperanzados.

—¿Lo harías?

—Claro, incluso te arroparé. —Él sonrió como si fuera un niño y ella sintió que se derretía—. Vamos. —No pudo evitar que él la cogiera de la mano, arrastrándola a la escalera.

Afortunadamente no encontraron a ningún sirviente y llegaron rápidamente a su habitación. Solo la soltó para quitarse las botas y la ropa y quedarse en ropa interior. Abrió la cama y se tumbó en

ella, luego, se quedó mirándola. Gabrielle, con manos temblorosas, lo arropó y se dispuso a marcharse, pero él alargó la mano y le dijo:

—Concédeme dormir abrazado a ti, por favor. —Ella no pudo negarse y se tumbó a su lado, después de quitarse las zapatillas. Se colocó de espaldas a él y Killian echó las sábanas por encima de los dos, pegándose a ella y abrazándola por la cintura con un gemido de satisfacción. Luego, satisfecho, se durmió.

Gabrielle quería quedarse despierta para disfrutar de la sensación de seguridad y de saberse querida que sentía en ese momento, pero un rato después se durmió con una sonrisa en los labios. Amélie cuando bajó a tomar el té supo por James que los dos habían desaparecido, el mayordomo creía que él estaba en su dormitorio, pero no sabía dónde estaba la señorita Touré.

Comió sola ese día con una gran sonrisa en el rostro. Todo marchaba aún mejor de lo que esperaba.

¡Su plan funcionaba!

## CAPÍTULO 8

Cuando Gabrielle se despertó, descansada y con una desconocida sensación de felicidad, estaba sola en la cama y ya se había hecho de noche. De un salto salió de la cama al darse cuenta de dónde estaba y, después de calzarse, huyó a su habitación que se encontraba en la otra punta del pasillo de la planta superior de la mansión.

Una vez allí y después de ver la hora en el reloj de su mesilla, se llevó las manos a las ruborizadas mejillas dándose cuenta de que tenía el tiempo justo para arreglarse, si quería cumplir su palabra y acompañar a Amélie a su primer baile. Lo primero que hizo fue sacar el vestido que utilizaba para las ocasiones especiales, y colgarlo de la puerta del armario para ver cómo estaba. Exceptuando unas cuantas arrugas que quitaría con ayuda de la plancha de carbón, le pareció que estaba impecable. Era el que había llevado siempre en el internado cuando celebraban una fiesta y, a pesar de que le había costado bastante caro para su sueldo de profesora, la inversión había merecido la pena, ya que de eso hacía tres largos años y estaba como nuevo.

Mientras se refrescaba en la jofaina, se permitió una secreta sonrisa al pensar que ella tampoco había ido nunca a un baile, exceptuando los de la escuela, que no tenían nada que ver, ya que el único hombre que acudía a ellos era el párroco. En el internado, las alumnas tenían que bailar entre ellas para demostrar que las clases de baile que impartía la señorita Debussy estaban dando sus frutos.

Estaba todavía en pololos y corsé, cuando se abrió la puerta de su dormitorio para dejar paso a una agitada Amélie que solo estaba vestida con una bata, aunque ya estaba peinada. Traía una bolsa y una percha de la que colgaba el vestido granate. Cerró la puerta y se acercó a ella con expresión decidida.

Al ver su expresión, Gabrielle retrocedió negando con la cabeza.  
—De ninguna manera, ¿me oyes, Amélie?

Por toda respuesta, la sonrisa de la muchacha se hizo más profunda al colgar el vestido granate encima del otro, y al observar cómo lo miraba Gabrielle, se dio cuenta de que no haría falta utilizar tanta persuasión como había imaginado.

Llevaba veinte minutos vestido de etiqueta y paseando junto a la entrada, el mismo tiempo que hacía que había mandado a una doncella para avisarlas de que las estaba esperando, pero ninguna de las dos había aparecido todavía.

James apareció para avisarle de que estaban a punto de bajar y Killian se acercó al pie de las escaleras para verlas.

Primero lo hizo Amélie que lucía un vestido blanco adornado con flores por todo el corpiño de color rosa pálido, el cabello cobrizo lo llevaba recogido en lo alto de la cabeza, lo que le daba un aspecto sofisticado y elegante. Para Killian era una auténtica princesa y se acercó a ella orgulloso de la mujer en la que se había convertido.

—Estás preciosa, cariño. —Sintió su temblor al abrazarla y se echó hacia atrás preocupado, para poder mirar su rostro—. ¿Te ocurre algo, tienes frío? —Ella se limpió delicadamente un par de lágrimas que habían aparecido en el borde de sus ojos, aunque sonreía.

—No, es solo que soy feliz. —Levantándose en puntillas, le dio un beso en la mejilla—. Has cambiado mucho, Killian. Ahora eres más... afectuoso.

Volvió a abrazarla en silencio.

Gabrielle no escuchó la conversación porque se había detenido a unos cuantos escalones de distancia para dejarlos algo de intimidad, así aprovechó para observar a Killian.

Su abundante cabello oscuro brillaba bajo la luz de la lámpara del salón que había en el majestuoso techo de la entrada. Como era preceptivo llevaba un traje de etiqueta cuya severidad resaltaba su

imponente físico, principalmente su cintura estrecha y sus anchos hombros. Viéndolo así vestido, no había duda de que Killian Gallagher era todo un caballero, aunque había cierto aire peligroso, incluso irrespetuoso en sus ojos verdes.

Cuando Amélie terminó de bajar las escaleras y se alejó hacia la entrada para coger su capa, Gabrielle esperó que Killian siguiera a su pupila, pero él la sorprendió quedándose quieto al pie de las escaleras. La esperaba a ella y, cuando la vio, sus ojos se abrieron como platos.

El color rojo oscuro contrastaba con la blancura de la piel de Gabrielle y la tela del vestido se pegaba a su cuerpo como una segunda piel. Killian se aferró al pasamanos de la escalera para contenerse y no subir corriendo los pocos escalones que los separaban, llevarla a su dormitorio y no dejarla escapar jamás. La boca se le hacía agua al ver el delicado ángulo de su clavícula y la suave curva de su cuello que estaba cubierto con una tira de encaje negro, seguramente porque todavía se veía la señal de su último mordisco. El saber que llevaba su marca en ella hizo que su excitación aumentara y que deseara que la fiesta ya hubiera acabado, para poder estar solos de nuevo.

—Estás bellísima, Gabrielle.

La deseaba tanto que le dolía. Anhelaba tocarla, acariciar con sus manos y su boca aquella piel aterciopelada y lamer con pasión el pequeño valle que había entre sus senos, esperaba ansioso el momento en el que le permitiría darle todo el placer que merecía.

Cuando Gabrielle llegó a su lado, tomó su mano y la llevó hasta sus labios, para dejar en su dorso un beso galante sin dejar de mirar sus ojos oscuros. Fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaba peinada como siempre, llevaba el pelo recogido más flojamente que de costumbre y algunos mechones rizados caían libres rozando su cara, dándole un aspecto mucho más juvenil. Había algo más que era diferente.

—¿Y tus gafas?

Amélie intervino:

—Las tengo yo. Mañana se las devolveré, si todavía las quiere.

—Gabrielle la miró, pero algo en la expresión de Amélie hizo que siguiera callada.

—Entonces, si estáis listas, podemos irnos.

El salón de baile del dueño del Club Enigma acogía esa noche a más de trescientos invitados. La mansión había sido reformada recientemente, y se rumoreaba que el dueño había gastado una escandalosa fortuna en su rehabilitación que incluía los numerosos árboles, plantas y flores exóticas que ahora poblaban los enormes jardines que los rodeaban.

La luz de las velas y de las lámparas de gas hacían brillar las impresionantes joyas que llevaban los invitados que lucían sus mejores galas, compitiendo por ser dignos de la siguiente invitación del anfitrión. Los sillones y sofás dispuestos por todo el salón, tapizados con sedas estampadas de alegres colores, acogían a las matronas que preferían cotillear a bailar y a las jóvenes que esperaban ansiosas a que algún caballero las invitara a hacerlo. De las paredes colgaban cuadros de valor incalculable y enormes espejos tallados en madera y recubiertos de pan de oro, que multiplicaban el esplendor del baile.

Gabrielle se sorprendió al ver la pequeña conmoción que cundió entre los asistentes cuando anunciaron que Killian había llegado, y entonces se dio cuenta de la importancia que él tenía para los miembros de su especie. Lo que no le sorprendió fue ver el deseo, en el rostro de vampiras y humanas por igual al mirarlo, ya que era el hombre más apuesto de todo el salón, al menos para ella.

En cuanto bajaron las escaleras de la entrada fue rodeado por algunos conocidos que se acercaron a saludarlo y Gabrielle, deseando no estorbar, murmuró a Amélie:

—¿Qué te parece si nos sentamos?, parece que Killian tardará un poco en terminar... —Había demasiada gente circulando por el salón para esperar cómodamente de pie y, aunque le hubiera gustado que ellos dos comenzaran a bailar enseguida, comenzaron a buscar un lugar para sentarse.

Gabrielle vio con agrado que Amélie enseguida llamó la atención de varios jóvenes que parecían encontrarla muy atractiva, y ella misma tuvo que contestar a alguno que no bailaba, agradeciéndoles la petición con una sonrisa. Animada por ella, su amiga aceptó bailar con un caballero de aspecto tímido y Gabrielle encontró un lugar

estratégico desde el que podía observarla, y se sentó junto a las viudas y a las señoras más mayores, para no dar lugar a equívocos.

Un rato después, sus pies seguían inconscientemente la melodía del vals que sonaba en ese momento, cuando Killian apareció ante ella. El vampiro sonrió tiernamente al encontrarla rodeada de ancianitas.

—Vamos. —Él sabía que no debía preguntar para no arriesgarse a obtener una negativa, por lo que cogió su mano y la llevó a la pista de baile. Cuando sonaron los últimos acordes de la pieza anterior, entraron en la pista y se colocaron en posición.

Gabrielle estaba asustada y emocionada a la vez.

—No he bailado nunca. Con un hombre, quiero decir.

La música se reanudó y él sonrió misteriosamente. Y Gabrielle conoció el placer que significaba bailar con el hombre cuyo roce anhelaba.

Killian parecía saber intuitivamente cómo guiarla para que los pasos de ambos se acompasaran a la perfección y que Gabrielle se sintiera ligera como una pluma, siguiéndolo sin dificultad. Desde el principio del vals, una sonrisa soñadora apareció en su rostro y ninguno de los dos sintió necesidad de hablar, solo se comunicaron con la mirada durante los tres minutos que duró su baile.

Cuando terminó, se quedaron absortos el uno en el otro en medio de la pista durante unos segundos y Killian volvió a sonreír de esa manera que hacía que a ella se le acelerara el corazón.

—¿Quieres beber algo? Hace un poco de calor. —Ella aceptó con un murmullo y Killian colocó la mano femenina sobre su brazo, guiándola fuera de la pista, ajenos al resto del mundo, pero se toparon con un hombre alto y moreno que se interpuso en su camino. Killian lo observó a través de los ojos entornados manteniendo un duelo de voluntades con él, hasta que decidió presentarlos.

—Gabrielle, permíteme que te presente a nuestro anfitrión, Cian Connolly. Cian, la señorita es Gabrielle Touré. La señorita Touré para ti —recalcó.

El gigante de tez oscura y pelo negro se inclinó sobre la mano libre de Gabrielle para besar su dorso.

—Es un placer conocerte, Gabrielle —su voz grave y su acento exótico resultaban muy atractivos—. Espero que estés disfrutando de la fiesta. —Ella intentó recuperar su mano, pero él no la soltó.

Gabrielle no era tonta y se dio cuenta de que, por la razón que fuera, Cian quería irritar a Killian, pero ella no iba a ayudarlo.

—Mucho, es una fiesta maravillosa.

Con expresión traviesa, Cian continuó:

—Me encantaría bailar contigo una pieza. —Esperaba su respuesta con una sonrisa tranquila.

—Bueno, yo se lo agradezco, pero...

Antes de que pudiera decir nada más, Gabrielle se encontró acompañándolo a la pista de baile mientras Killian los observaba con los brazos cruzados.

Killian maldijo en silencio todas las veces que Cian y él habían competido por la misma acompañante femenina, algo que se había convertido casi en una tradición. En realidad, eran buenos amigos, pero ambos poseían un arraigado espíritu competitivo.

Hasta entonces, él no había sentido nunca el mordisco de los celos y después de ver a Gabrielle bailar con Cian, se dio cuenta de que había sido muy afortunado al desconocer aquella emoción, ya que se trataba de una desagradable mezcla de ira y miedo. Aunque sabía que Cian dejaría de coquetear con Gabrielle en cuanto supiera que era su velisha, no pudo dejar de observarlos rígidamente mientras bailaban. Afortunadamente, Amélie apareció para distraerlo.

—Hola. —Se giró para observarla y sonrió al ver que la seguían tres jóvenes que se dispersaron en cuanto Killian los miró fijamente.

—Hola, creía que estabas pasándotelo bien... —No había querido molestarla, aunque había estado pendiente para ver con quién bailaba y que ninguno de sus admiradores se la llevara al jardín a escondidas.

—Sí, pero necesito descansar un poco. —Estaba ruborizada y muy sonriente. Miró hacia la pista de baile y su sonrisa se amplió al distinguir a Gabrielle—. Ya veo que no soy la única que está disfrutando.

—Creo que ya es hora de que le concedas a tu anciano tutor un baile, ¿no te parece? —Ella imitó su reverencia con una risita

divertida y se dejó llevar a la pista, donde se percató de que Killian bailaba mejor que ninguno de los hombres con los que lo había hecho esa noche.

Bailaron también la pieza siguiente y después salieron de la atestada pista en busca de Gabrielle. La encontraron junto a una de las fuentes de ponche bebiendo uno junto a Cian, que escuchaba, aparentemente interesado, lo que ella le contaba. Killian sabía que era un granuja encantador cuando quería.

—¡Ya estáis aquí! —A pesar de todo, la expresión de Gabrielle al verlos fue de alivio, poco acostumbrada a tratar con hombres y menos a quedarse a solas con ellos.

—Sí. Amélie me ha dejado agotado, creo que ya soy demasiado mayor para estas cosas. —La muchacha, que venía detrás de él, ya que era imposible debido a la cantidad de gente que circulaba por el salón andar uno junto al otro, soltó una carcajada y se adelantó para completar el círculo que habían formado los otros tres—. Por cierto, Cian, me parece que no conoces a mi pupila: Amélie de Polignac. Querida, este es mi amigo Cian Connolly, nuestro anfitrión. —Sin darse cuenta del silencio que se había hecho de repente entre ellos, continuó—: A falta de algo más fuerte, me tomaría una copa de champán. —Se volvió hacia la joven—. ¿Quieres una? —ella asintió, distraída, y Killian preguntó a Gabrielle—: ¿Quieres que vayamos a buscar a un amable camarero que nos dé unas cuantas copas? —Con una risita nerviosa, Gabrielle aceptó y se escabulleron, pero antes de alejarse demasiado, Killian pidió algo a su amigo—: Cian, cuida de mi protegida durante unos minutos, volveremos enseguida.

El otro asintió sin mirarlo, ya que no podía apartar los ojos de la humana. La observaba fijamente, concentrado en ella casi sin respirar por miedo a que se desvaneciera, hasta que Amélie adelantó la mano valientemente intentando romper el hielo.

—No nos hemos saludado convenientemente, soy Amélie. — Esperaba que él cogiera su mano y la besara, pero no lo hizo, la retuvo entre las suyas disfrutando de su contacto y continuó mirándola—. Tú nombre es Cian, ¿no?

—Sí. —Como no se molestó en continuar la conversación, ella se dejó llevar y, aunque más discretamente que él, también lo

observó, disfrutando de lo que veía.

Era un hombre grande, aún más que Killian, y apuesto, pero diferente a todos los demás debido al color de su piel. Mientras que sus invitados gozaban de la palidez típica de los irlandeses, Cian Connolly tenía la piel algo morena, como si acabara de volver de algún lugar lejano donde hubiera tomado mucho el sol, algo singular para ser un vampiro. Su exótico acento y sus intensos ojos negros completaban un paquete que a Amélie le pareció terriblemente atractivo e inconveniente para sus planes. Una voz extraña los interrumpió:

—Señorita de Polignac, me dijo que cuando descansara unos minutos, me concedería el siguiente vals y está a punto de sonar. — Amélie retiró su mano del acogedor nido que formaban las de Cian Connolly y, con una falsa sonrisa, la puso en la del joven y atolondrado admirador cuyo nombre no recordaba, diciendo:

—Por supuesto, caballero, será un placer.

Se marchó con un giro elegante de su espalda, sin despedirse de su anfitrión y esperando que ese desaire fuera suficiente para que él no la buscara después. No necesitaba estas distracciones a estas alturas de su vida. No, si quería que Killian accediera a darle trabajo.

## CAPÍTULO 9

Cian, que no recordaba cuándo fue la última vez que le importó que una mujer se apartara de su lado, estuvo tentado de seguirlos para hacer que la humana bailara con él en lugar de con el otro, pero no tuvo demasiado tiempo para pensar en ello porque una mano con las uñas larguísimas y pintadas de rojo, lo agarró por el brazo distrayéndolo de sus pensamientos.

—¡Querido! —Habitualmente, escuchar a Lorna Khan ronronear bastaba para excitarlo, pero en esa ocasión solo sintió irritación. Claro que reconocía que ella no tenía la culpa de su particular estado—. No me has hecho ni caso en toda la noche. —El mohín de sus labios también solía bastar para que la besara apasionadamente, pero se limitó a darle un casto beso en la mejilla. Apartándose de ella, observó de arriba abajo a la que decían que era la vampira más hermosa de Dublín, reconociendo que esa noche su belleza rubia resultaba más espectacular que nunca.

Cuando la había invitado lo había hecho como una broma sabiendo que, cuando alguno de los miembros de su rígida sociedad la vieran allí, les daría un síncope, pero ahora se daba cuenta de que había sido un acto más propio de un adolescente que de un vampiro maduro.

—Buenas noches, Killian.

Su amigo, que acababa de volver con Gabrielle colgada de su brazo, se detuvo sorprendido al ver quién lo acababa de saludar: Lorna Khan, la dueña del prostíbulo más famoso de Dublín, El columpio rojo. Después de echar una rápida mirada a Cian en la que

le prometía una pronta venganza por ponerlo en esa situación, contestó, con una inclinación de cabeza:

—Hola, Lorna. —La vampira se agarró del brazo de Cian, acariciando sensualmente sus bíceps y miró a Gabrielle, que la observaba fascinada.

—¿No me presentas a tu... amiga? —La pausa que hizo daba a entender que dudaba de que fuera tan solo eso para él, y precisamente ese comentario consiguió que Cian apartara la mano de su brazo y se volviera hacia ella, furioso. No consentiría que Lorna tratara mal a ninguno de sus invitados, aunque sabía que la culpa era de él por invitarla.

—Lorna, creo que es mejor que te vayas... —Por supuesto, ese fue el momento que eligieron Amélie y su acompañante para aparecer, y Cian, al ver la mirada despectiva con la que Lorna observaba a la recién llegada y antes de que dijera algo más, la cogió del brazo llevándola hacia la salida—. Si nos disculpáis...

Lorna no dejó de observar a Amélie mientras era arrastrada por Cian, porque se había dado cuenta de cómo había mirado su amante a la humana. Amélie mantuvo su mirada valientemente y con la cabeza erguida, ante el gesto extrañado de los demás que no sabían qué acababa de ocurrir.

Killian carraspeó para llamar la atención de todos y se presentó al joven amigo de Amélie, para despedirlo discretamente minutos después.

—Creo que por una noche hemos tenido bastante, ¿no os parece?

Amélie miró a Gabrielle y recordó lo que le había dicho un rato antes.

—Gabrielle quería pasear un rato por el jardín, ha oído hablar de los árboles y las plantas que hay fuera y deseaba verlos.

Killian sonrió al preguntar:

—¿Eso es cierto?

—Me gustaría mucho. —Amélie no quería estropearles el momento romántico.

—Yo prefiero seguir bailando. Viene para acá otro caballero al que le había prometido un baile. —Killian intentó ver a quién se refería, pero había tanta gente que le fue imposible—. No hace falta

que esperéis. En cuanto termine, si no habéis vuelto todavía, iré a buscaros. ¿Te parece? —Killian asintió rígidamente y salió a la terraza llevando a Gabrielle de la mano. Amélie suspiró profundamente y cogió una copa de champán de la bandeja de un camarero, pegándose a la pared para intentar que dejaran de empujarla. Poco después, agobiada por el calor y la cantidad de personas que había en la sala, se terminó el champán de un trago y dejó la copa en una mesita. Luego, decidió dar su propio paseo por el jardín.

A pesar de que la intención de Cian era llevarla directamente a su carruaje, Lorna lo había convencido para que la llevara a ver los árboles recién llegados del otro lado del mundo, asegurándole que después se marcharía. El que más éxito tenía entre sus visitantes era el conocido popularmente con el nombre de Framboyán, cuyas hojas aterciopeladas de color rojo fuego atraían todas las miradas. Cuando llegaron, lo encontraron rodeado por más de diez personas que estaban admirándolo. Algunas de ellas conocían a Cian y comenzaron a hacerle todo tipo de preguntas acerca del ejemplar, pero solo le dio tiempo a contestar que lo había comprado en Madagascar porque Lorna insistió en seguir caminando, hasta encontrar algún lugar donde pudieran estar a solas. Él estuvo de acuerdo porque quería aclarar las cosas con ella.

Finalmente, se detuvo junto a unas esbeltas y solitarias palmeras, y se volvió hacia él esperando que la rodeara con sus brazos, pero, en esta ocasión, Cian no se comportó tan fogosamente como siempre. De hecho, no recordaba haberlo visto nunca tan serio.

—¿Ocurre algo?

Él encendió un cigarrillo antes de contestar:

—No me ha gustado cómo te has comportado en la fiesta. —Ella abrió la boca dispuesta a protestar, pero él levantó su palma derecha para que no lo hiciera—. La culpa es mía. No debí dejar que me convencieras, por mucho que quisieras venir. Evidentemente, ha sido un error.

—¿Por qué? —Los ojos de ella le dijeron que su mal genio estaba a punto de manifestarse.

Normalmente, Cian era encantador con las mujeres, pero nunca había dejado que ninguna lo manejara. Se había criado en las calles, sin familia ni amigos; había conseguido lo que tenía por sus medios y no iba a consentir que nadie dirigiera su vida y Lorna estaba empezando a creer que tenía derecho a hacerlo.

—Sabes por qué. Killian es un buen amigo y has intentado insultar primero a su acompañante y luego a su pupila, y no te lo permito. Y menos en mi casa. —Ella abrió los ojos como platos, atónita, porque nadie se había atrevido a hablarle así antes. Lo peor fue ver la cara de Cian a la luz de la luna, porque se dio cuenta de que él estaba a un paso de cortar su relación. Desesperada, se tragó el orgullo e intentó parecer arrepentida.

—Lo siento, Cian. —Se lanzó a sus brazos pillándolo desprevenido y, con un sollozo fingido, lo abrazó por el cuello para que bajara la cabeza a su altura, besándolo en cuanto lo tuvo a su alcance. Él no sintió ningún deseo de corresponderla y permaneció rígido, sin abrazarla, hasta que ella se separó.

Lorna, preocupada, se pasó la lengua por los labios. Era la primera vez que un hombre mostraba semejante falta de reacción ante sus avances.

—Es mejor que te vayas.

La acompañó a su coche para asegurarse de que se marchaba y a la vuelta se dirigió a su lugar favorito del jardín, el estanque de nenúfares, para fumar un cigarro tranquilo y pensar en lo ocurrido. Y allí, inclinada sobre el agua e intentando tocar una de las flores violetas que estaban algo alejadas de la orilla, encontró a Amélie.

Llegó a tiempo para impedir que cayera al agua cuando perdió el equilibrio por inclinarse demasiado. Al verlo, Cian dio un salto sobrehumano que cubrió la distancia que los separaba, a tiempo para cogerla en brazos y apartarla del estanque. A pesar de que lo único que le habría pasado, si no hubiera estado él, era que se habría mojado, siguió abrazándola de forma protectora durante un rato. Amélie se mordió el labio sin saber qué decir, abrumada por la sensación de estar entre sus brazos. Una de las grandes manos de Cian se había posado en la base de su espalda tocándola con un cuidado exquisito, y la otra acariciaba con las yemas de sus dedos su brazo izquierdo.

Cian, quizás por ser humana, parecía pensar que estaba hecha de un material frágil, a juzgar por su forma de tratarla, y, sin decir palabra, la atrajo a su cuerpo lentamente dándole tiempo para rechazarlo, lo que ella no hizo, al contrario, se aferró a sus musculosos brazos para mantener el equilibrio sintiéndose cada vez más acalorada.

—¿Estás bien? —murmuró un sí, aunque tenía los pelos de punta después de sentir sus labios rozando el lóbulo de su oreja.

—Si... si quieres, ya puedes soltarme. —Inconscientemente, ella también lo tuteó.

—Ese es el problema, que no quiero. —Amélie levantó la vista, incrédula.

Después de ver a la espectacular mujer con la que se había marchado de la fiesta hacía unos minutos, ella debía de parecerle una niña.

Cian no parecía pensar lo mismo. Inclino su oscura cabeza hasta su cuello, donde inspiró profundamente como si estuviera oliendo un perfume al que era adicto. Ella dejó de respirar y sintió que él se ponía rígido y, a continuación, soltaba una maldición, luego, la besó impaciente. Sujetó su cabeza con las manos para ponerla en la posición que quería y la besó suavemente, lamiéndola y mordisqueándola a placer, como si estuviera disfrutando de un manjar.

Amélie sintió que no aguantaría mucho más de pie, pero, excitada, se apretó contra él y se abrazó a su cuello, empezando a corresponder a sus besos. La mano de él cubrió su trasero para apretarla contra su miembro mientras su lengua seguía recorriendo el interior de su boca. Amélie empezó a tener dificultades para respirar, y jadeó al sentir que él subía su mano hasta cubrir uno de sus pechos; luego, intentó meter la mano dentro de su corpiño y ella apartó la boca de la suya y apoyó la cara en su pecho, aturdida. Entonces fue cuando lo olió.

Para asegurarse, olisqueó discretamente la parte de la chaqueta de Cian que olía a un perfume femenino que no era el de ella. Otra mujer había apoyado su cabeza en el mismo sitio donde ella tenía la suya ahora mismo... ¡aquel cerdo había estado besando a otra

antes que a ella, y seguramente lo haría con otra más, cuando terminara con ella!

Se separó de un empujón y se lo quedó mirando con algo muy parecido al odio en los ojos, y se limpió la boca con la mano en un acto claro de desprecio. Él la miró con el ceño fruncido, sin entender.

—¿Qué pasa? ¿Te has vuelto loca?

—Eso debe de ser. ¡Debo de estar loca para dejar que me bese un cerdo como tú! —Cian entornó los ojos. No recordaba cuándo había sido la última vez que alguien se había atrevido a insultarlo de esa manera—. ¿Cómo te atreves a besarme después de hacerlo con tu amante?

Él irguió la cabeza, orgulloso, sin creerse que estuviera permitiendo que una humana, que seguramente acababa de dejar la adolescencia, lo tratara así.

—Solo ha sido un beso, querida, no le des más importancia de la que tiene.

Ella dio un respingo, pero se controló a tiempo; sabía que él llevaba las de ganar en una discusión debido a su experiencia, por lo que intentó mantener una fachada de indiferencia al contestar:

—Tienes razón, solo ha sido un beso. —Con una última mirada despreciativa, se dio la vuelta y se marchó. Lo hizo aparentando tranquilidad para que no notara que sus palabras le habían dolido. Él miró su silueta fijamente hasta que desapareció, después, se maldijo por lo mal que había llevado todo el asunto.

Cuando ella volvió a la casa, decidió pasar por el baño para intentar recomponerse antes de que Killian y Gabrielle, que estaba segura de que ya habían vuelto, notaran su nerviosismo. Desgraciadamente, en el baño había dos señoras mayores cotilleando, por lo que se colocó lo más alejada de ellas que pudo y simuló que se arreglaba el pelo frente al espejo, aunque le fue imposible no escuchar su conversación.

—¿Estás segura de que era ella, Meredith? —La otra mujer, de pelo gris y gran papada, asintió enérgicamente.

—¡Ya te he dicho que sí, Dorothy!, el pasado fin de año los vi juntos en Saint Stephens Green durante los fuegos artificiales, y mi hija Emma me explicó quién era —susurró—. ¡Pero nunca creí que

Cian se atreviese a invitarla a su fiesta! —Se quitó uno de los pendientes de perla y, durante unos segundos, se masajeó el lóbulo de la oreja con gesto de dolor, luego volvió a ponérselo—. ¡La dueña de un prostíbulo, por Dios santo! ¡Dónde vamos a llegar! —El sonido de asombro emitido por Amélie no pasó desapercibido a las dos ancianas que la miraron con desaprobación al darse cuenta de que había estado escuchándolas. Ella decidió que ya había oído bastante y se fue lo más deprisa que pudo.

Localizó enseguida a Killian y Gabrielle que la esperaban junto al ponche y que parecían haberlo pasado mucho mejor que ella, a juzgar por sus rostros.

Killian lucía una enorme sonrisa y Gabrielle estaba ruborizada y su mano reposaba tranquila en el brazo de él, cubierta por la otra mano de Killian. Al menos eso había salido bien. Les mintió descaradamente diciéndoles que había estado buscándolos y, después de coger sus abrigos, volvieron a casa.

## CAPÍTULO 10

Cuando regresaron a la mansión, Amélie se despidió enseguida desapareciendo por las escaleras en dirección a su dormitorio, deseando estar a solas. Gabrielle la siguió con la mirada, preocupada.

—¿Crees que está bien? No ha dicho ni una palabra mientras volvíamos en el carruaje. —Killian suspiró. Él también lo había notado.

—Mañana hablaré con ella.

Inesperadamente, y aprovechando que los criados estaban durmiendo, la cogió en brazos para llevarla a su habitación provocando un jadeo de sorpresa en Gabrielle que, sin dudarlo, le echó los brazos al cuello, aparentemente encantada.

Cuando llegaron a su dormitorio, la dejó junto a la cama y se quitó la chaqueta y el corbatín para estar más cómodo; después, comenzó a desnudar a Gabrielle. Mientras le quitaba lentamente el vestido, ella permanecía quieta como si fuera una niña, con el corazón latiéndole cada vez más deprisa, hasta que comenzó a desabrocharse la lazada que mantenía cerrado su corpiño, entonces él le pidió que no lo hiciera:

—Déjame hacerlo a mí, velisha. Quiero ser yo el que tenga el privilegio de desnudarte.

Después de quitarle el vestido, le desabrochó el corsé con destreza demostrando su conocimiento de la ropa interior femenina y, sin prisa, la despojó de todas las capas de ropa que había llevado puestas esa noche. La miró codiciosamente y llevó una de sus

manos hasta su boca para besarla con pasión, luego, colocó la otra sobre su abdomen y lo acarició con las yemas de sus dedos, como si intentara calmarla y bajó hasta su pubis poco a poco, hasta rozar el vello que había en la unión entre sus piernas.

—Eres preciosa.

—Gracias —su voz provocó que la sangre de Killian viajara a mayor velocidad por sus venas, y que sus colmillos se alargaran recordando su sabor dulce y adictivo. Se apartó y terminó de desnudarse, dejando a la vista su cuerpo cincelado, alto y musculoso. Estaba listo para unirse a ella en todos los sentidos.

Gabrielle, tímida, se acercó un paso hasta casi rozar su cuerpo y comenzó a explorarlo, desplazando los dedos por su torso hasta los costados, luego, posó sus labios en el hombro izquierdo de Killian provocando que jadeara. Al escuchar su reacción, ella apoyó la cara en su pecho, encantada, y pegó su cuerpo curvilíneo al de él.

Él respiraba con dificultad y acarició el cabello de ella con mano temblorosa para sorpresa de Gabrielle, sintiendo un estremecimiento que recorría el fuerte cuerpo del vampiro y lo abrazó con fuerza, enterrando la cara en su pecho donde pudo escuchar el ritmo tranquilizador de su corazón.

Killian retiró las horquillas de su cabello y acarició sus largos mechones con admiración. Ella, animada por el champán y por su actitud, se atrevió también a acariciar su pelo y dejó que las oscuras y suaves hebras se deslizaran entre sus dedos, provocando un gemido de placer masculino. El vampiro permaneció inmóvil con los ojos cerrados, mientras ella lo acariciaba con deleite, como si fuera un gato al que había que mimar.

—Eres la mujer más hermosa que he visto nunca. —Ella lo miró incrédula, pero al sentir la mano masculina bajando por la columna hacia su trasero su mente se concentró en lo que estaba a punto de ocurrir.

—¿Estás nerviosa?

Gabrielle asintió con la boca seca y él susurró en su oído, con una ternura que guardaba para ella y a la que estaba empezando a acostumbrarse:

—Cariño, intentaré que te duela lo menos posible, pero...

—Killian —lo interrumpió con voz ronca y temerosa—, te lo agradezco. Mucho, pero preferiría que lo hiciéramos ya. Estar aquí de pie hablando sobre ello, solo va a provocar que me ponga mucho más nerviosa.

Killian la miró de hito en hito antes de soltar una carcajada.

—¡Eres increíble! Y yo conteniéndome para no llevarte enseguida a la cama. —La miraba con admiración.

Ella, pensando que se reía de ella, intentó apartarse, pero él no la dejó.

—No te enfades.

La besó, jugando con su lengua hasta que volvió a desearlo. Luego, volvió a cogerla en brazos y la dejó con cuidado sobre la cama, tumbándose él frente a ella. Colocó un mechón de su cabello tras la oreja y acunó su mejilla en la palma de la mano volviendo a besarla. Acarició su cuerpo con la palma de la mano deleitándose en su carne y sus labios descendieron hasta su cuello, mimándolo. Entonces, Gabrielle lo instó a hacer lo que más deseaba:

—Muérdeme, Killian. —Él se quedó rígido al escucharla hablar con tanta crudeza y ella cogió su cara entre las manos para insistir —: Quiero que lo hagas, deseo volver a sentir lo mismo que el otro día.

—Hay muchas más cosas que quiero enseñarte.

—Y quiero aprenderlas todas, pero, antes, quiero que bebas mi sangre.

La sonrisa de él iluminó su cara y Gabrielle giró la cabeza para dejarle libre acceso a su vena.

Killian lamió la zona un par de veces antes, para calentar su piel y que el placer fuera mayor y, después, sin avisar, la mordió con fuerza provocando un gemido de Gabrielle. Abrazándola por la cintura bebió, deleitándose en su sabor y, cuando terminó, lamió las incisiones para cerrarlas y que la sangre no siguiera manando. Gabrielle levantó la mirada, extrañada porque hubiera dejado de beber tan pronto.

—Seguiré haciéndolo mientras hacemos el amor, así el placer se multiplicará para ti. —Los ojos de Gabrielle brillaron interesados—. Túmbate bocarriba, querida —ella obedeció—, y abre las piernas, por favor. —Se tumbó en el hueco que ella dejó entre sus muslos.

—El roce de tu piel es lo más excitante que he sentido nunca. —  
Gabrielle se mordió el labio inferior, preocupada de repente.

—Killian —consiguió decir, mientras que él la seguía acariciando —, no sé qué debo hacer... me gustaría tener más experiencia...

La mano de él volvió a acariciar su cabello como si estuviera hipnotizado por él.

—Cariño, solo tienes que confiar en mí y dejarte llevar. Intentaré que te duela lo menos posible, te lo juro.

—Lo sé.

La mano masculina cubrió uno de sus pechos, incitando el pezón hasta que se irguió contra su palma.

—Esto que ocurre entre nosotros, no es habitual. Lo sabes, ¿no?

—¿No? —Lo miró extrañada, aferrada a sus hombros.

—No —murmuró él, con un rizo rebelde cayéndole sobre la frente. Así parecía mucho más joven y menos serio de lo que aparentaba habitualmente—. Cian me ha dicho en la fiesta que he tenido mucha suerte al encontrarte. En cuanto nos ha visto juntos, se ha dado cuenta de que estamos hechos el uno para el otro.

— ¿Qué quieres decir?

Sabía que todavía no estaba preparada para escucharlo, por eso, al notar su miedo, inclinó su cabeza y lamió uno de sus pezones.

Gabrielle dejó escapar un jadeo al sentir la boca de Killian en tan sensible zona y abrió más las piernas de forma inconsciente. Él aprovechó para que uno de sus dedos entrara en ella, provocando que Gabrielle jadeara y sus uñas se hincaran en los músculos de sus hombros.

—Tranquila. Solo quiero que estés preparada, ¿de acuerdo? —  
ella asintió y respiró hondo un par de veces, intentando relajarse y acarició con las yemas de los dedos las marcas que había dejado con las uñas en su piel. Luego, acarició la nuca de Killian disfrutando de su expresión de placer.

Él besó la delicada piel de sus muñecas y continuó besando todo su cuerpo, hasta que no le quedó ni un centímetro de Gabrielle sin explorar y, además, no dejó de penetrarla con el dedo en ningún momento, hasta que ella llegó a un punto de no retorno, en el que

sintió que iba a traspasar una frontera que no sospechaba ni que existía.

—No... Killian, espera, no sigas...

Él la desobedeció con una sonrisa decidida y aceleró el movimiento hasta que ella culminó. Después, se quedó desmadejada sobre el colchón, respirando agitadamente y con los ojos cerrados.

—¿Cómo te encuentras? —Sonrió al mirarlo y volvió a acariciarle la nuca.

—¿Qué ha sido eso?

—Un orgasmo, querida.

—Ahora entiendo por qué esto le gusta tanto a la gente.

La carcajada de él retumbó en la habitación.

—Pues aún no has probado lo mejor. Veamos si podemos superar lo que acabas de sentir.

Antes de que pudiera responder, la boca de Killian había apresado la suya con un gruñido posesivo. La garganta de Gabrielle le correspondió con un ronroneo que expresaba el placer que comenzaba a sentir de nuevo, pero, al sentir que Killian deslizaba los dedos por su vientre, bajando hacia su pubis, jadeó con fuerza.

—Ahora te dolerá un poco, pero es la única manera, cariño —susurró contra su mejilla—. Déjame darte placer de nuevo... deja que entre en ti... —ella murmuró su acuerdo con un beso en la mejilla y los labios masculinos comenzaron a dejar un rastro de besos por su cara y su pecho. Volvió a mirarla intensamente y, tomando la cabeza de su miembro con la mano para guiarlo, se introdujo ligeramente en ella. Gabrielle intentó bromear, mientras sentía una enorme presión en el lugar por el que él intentaba entrar en su cuerpo.

—Me temo que esta noche he olvidado completamente el recato. —Y él dejó escapar un suave gruñido por el titánico esfuerzo que estaba realizando para no entrar en ella de golpe.

—Querida, lo siento, pero —ella sintió aumentar la presión entre sus piernas que se transformó en algo que solo pudo llamar escozor — ya te he dicho que te dolerá un poco.

—De acuerdo. Estoy preparada.

Su comentario lo hizo sonreír, aunque se mantuvo, unos segundos más, quieto, para que se acostumbrara a él.

La penetró poco a poco, deteniéndose después de cada movimiento, persuadiendo con delicadeza su cuerpo a que lo aceptara, hasta que consiguió entrar totalmente en Gabrielle y, cuando lo consiguió, ella dejó escapar un largo suspiro pensando que se había terminado todo. Entonces, agrandó los ojos cuando vio que Killian abría la boca y le enseñaba los colmillos, y pudo ver cómo crecían ante ella. Y en lugar de sentir miedo, se excitó, aunque no supo por qué y ladeó la cabeza ofreciéndole el mismo lado del cuello que había mordido antes, sintiendo que la parte de ella que lo acogía en su interior comenzaba a palpar de placer.

Killian la mordió y comenzó a moverse dentro y fuera de ella, penetrándola cada vez con más vigor, a la vez que bebía su sangre y Gabrielle entendió lo que él quería decir cuando le había hablado de que su placer se multiplicaría al darle de beber mientras hacían el amor. Sonrió a la vez que sus manos acunaban la cabeza de Killian contra ella, disfrutando de aquella experiencia inaudita. Luego, deslizó sus manos por la espalda de él, hasta encontrar sus nalgas y las apretó para incitarlo a entrar más profundamente en ella. Esa caricia pareció acabar con el último resquicio de control del vampiro que, con un gruñido, aumentó sus embates hasta que ella alcanzó otro orgasmo que la hizo volar y él la siguió.

La fuerza de su liberación lo hizo estremecerse de la cabeza a los pies y levantó la cabeza con la cara contraída, dejando de beber momentáneamente cuando el placer se convirtió en un éxtasis cegador y murmurando el nombre de ella. Volvió a enterrar el rostro en su cuello y lamió cariñosamente las marcas que él mismo había hecho, le dio un beso ligero en los labios y se tumbó a su lado.

—¿Estás bien?

Como no le contestó, levantó la cabeza para mirarla. Ella parecía algo aturdida.

—Muy bien. —De repente, bostezó como una niña provocando en él una sonrisa llena de ternura—. Pero tengo sueño. —Parpadeó un par de veces como si fuera un búho, cerró los ojos sin decir nada más, y se quedó dormida al instante.

Killian se tumbó de costado, abrazándola, seguro de que no tendría pesadillas.

Y no se equivocaba.

## CAPÍTULO 11

Cuando Gabrielle bajó al día siguiente, tanto Killian como Amélie habían salido a montar. Prometiéndose a sí misma que no dejaría que se le pegaran tanto las sábanas a partir de entonces, se concentró en el desayuno sorprendentemente descansada y reconfortada. Estaba terminando de comer, distraída gracias a la gente que paseaba por el parque y que podía ver a través de uno de los ventanales del salón, cuando el mayordomo le dio un sobre.

—Han traído esto en mano hace unos minutos, señorita. —Tomó la carta extrañada.

—Gracias, James.

Dejó la taza sobre el platillo y la abrió, pero su buen humor desapareció al leerla.

Dublín

15 de diciembre de 1844

QUERIDA GABRIELLE:

Como habrás adivinado, he averiguado dónde estás, pero tengo una noticia aún mejor: tengo pruebas de quién eres en realidad, todo gracias al maravilloso diario de mi madre donde lo apuntaba todo.

He visto que tu situación ha mejorado mucho y que te codeas con lo mejor de la sociedad dublinesa. Ayer mismo te vi, de lejos, en esa fiesta bailando el vals. Así que ya te

imaginas lo que sigue... si no quieres que le cuente a todo el mundo lo que escondes en realidad, te aconsejo que mañana, a las ocho en punto, estés en la entrada del parque que hay enfrente de la casa del vampiro. Tenemos que hablar.

Dichosamente,  
Pierre Lesnais.

VOLVIÓ A LEERLA SINTIENDO que se le caía el alma a los pies. Al final la había encontrado y su peor pesadilla se hizo realidad. Intentó animarse diciéndose que al menos tenía dinero para huir lejos, pero tendría que acudir a la reunión con el hijo de Célestine al día siguiente porque no le daba tiempo a preparar su huida tan rápido; al notar cómo le temblaban las manos, guardó la carta en el sobre y después, evitando pensar en todo lo que dejaría atrás, subió a su habitación para idear un plan, con el corazón encogido al pensar en abandonar a Killian.

Amélie se había obligado a levantarse al amanecer solo para salir a montar con Killian. A pesar de que no le solía ocurrir, esa noche casi no había dormido pensando en la situación de Gabrielle. Ella no era una jovencita recién salida del internado como las demás y sabía lo que había ocurrido entre los dos la noche anterior. De hecho, la intuición le decía que no era la primera vez que había ocurrido algo así.

Estaba mirando el lago junto al que paseaban, cuando le sorprendió escuchar la voz de Killian.

—Amélie, hoy estás muy distraída. Ya es hora de que me digas qué te pasa, por qué te has empeñado en acompañarme cuando está claro que te encuentras muy cansada. De hecho, he tenido que esperar a que te vistieras. —Ella hizo un mohín, aunque sabía que aquellas cosas no funcionaban con él.

—Has esperado solo cinco minutos. —Killian aguantó la tentación de sonreír.

—Quince. —Amélie se encogió de hombros elegantemente.

—Bueno, puede que haya sido alguno más..., pero quiero hablarte sobre algo importante.

—Dime —aunque en el tono de su voz no se notaba, la expresión tierna de Killian desapareció como si hubiera interpuesto

un muro entre los dos, y Amélie sospechaba que era porque sabía cuál iba a ser el tema de conversación.

—Es sobre Gabrielle.

—Ya.

—Killian, le tengo mucho cariño, ha sido muy buena conmigo y es una mujer incapaz de hacer daño a nadie. —Por toda respuesta, él arqueó una ceja deteniendo su caballo y obligándola a ella a detener el suyo si quería seguir hablando con él. Amélie carraspeó, un poco amedrentada, pero Gabrielle se merecía el esfuerzo—. Siento que no te guste lo que te digo, pero no quiero que sufra.

—Yo tampoco. —Al escuchar la sinceridad en su voz, ella asintió.

—Entonces, ¿tus intenciones son honorables?

Killian no pudo evitar soltar una carcajada que lo relajó al instante y ella, al escucharlo reír tan abiertamente, sonrió más relajada. Killian observó la belleza que había a su alrededor e inspiró profundamente, antes de contestar:

—Mis intenciones, doña cotilla, son totalmente honorables, pero hay cosas que a ti no te importan, que tenemos que aclarar antes de hablar sobre nuestro futuro. —La miró seriamente antes de añadir —: Y te prohíbo que le digas nada a nadie sobre esto. Este asunto es entre Gabrielle y yo y no consentiré que nadie, ni siquiera tú, te metas.

—Por supuesto —consiguió responder sin que le temblara la voz. No recordaba que Killian nunca se hubiera puesto, nunca, tan serio con ella.

—Ahora que ya he calmado tu curiosidad, volvamos. Tengo mucho trabajo. —Pusieron los caballos al trote y enfilaron el camino de tierra para llegar lo antes posible a casa.

Fenton se presentó esa noche por sorpresa mientras los tres estaban en la salita. Amélie dibujaba mientras escuchaba, desde hacía un rato, cómo Killian intentaba convencer a Gabrielle para que hiciera de anfitriona en la cena anual que este solía dar a los miembros más influyentes de la sociedad.

—Ya te he dicho que no, y por favor, no me lo pidas más. No estoy preparada para eso. —Gabrielle parecía incómoda, incluso había cerrado el libro que estaba leyendo, ya que Killian se había

puesto muy insistente, pero ella no iba a ceder después de la carta que había recibido por la mañana.

Killian estaba apoyado en la repisa de la chimenea y la miraba fijamente, como si supiera que le ocultaba algo.

—¿Por qué no? —Amélie lo miró, extrañada al escuchar el tono de voz de su tutor.

Normalmente, al hablar con Gabrielle solía ser inusualmente tierno, pero en ese momento había sonado muy frío, como si descubriera algo en Gabrielle que no le había gustado. La mirada de la muchacha se desvió hacia Gabrielle que se había ruborizado y Amélie decidió que era mejor dejarlos solos. Comenzó a levantarse, pero, en ese momento, James los sorprendió a los tres al anunciar a un visitante inesperado:

—Milord, el señor Strongbow está aquí.

Killian miró al mayordomo con los ojos entrecerrados y asintió, deseando no haberle pedido a Fenton que investigara a Gabrielle.

—Dígale que vaya a mi despacho, James. Voy ahora mismo. —Mirando fijamente a Gabrielle que había agachado la cabeza, nerviosa, se disculpó.

—Perdonadme. Volveré en cuanto pueda.

Gabrielle esperó a que Killian se alejara antes de preguntar a Amélie:

—¿Es el amigo que fue a ver el otro día?

Amélie carraspeó.

—No creo. Debe de ser su hermano, Fenton. Trabaja con Killian.

—Amélie parecía nerviosa y eso le dio a Gabrielle en qué pensar.

—¿En eso que llaman La Brigada?

Amélie la miró haciendo un gesto para que no dijera nada.

—Gabrielle —susurró—, si Killian supiera que te he dicho algo... no debes decirle nunca que te lo he contado.

—Gabrielle se sintió avergonzada porque no quería crearle un problema a Amélie con su tutor.

—Lo siento, no sabía que no se podía hablar sobre ello.

Amélie se sentó junto a ella en el sofá para poder susurrar junto a su oído:

—En estos temas son bastante reservados. Ten en cuenta que los vampiros, públicamente, no tienen policía ni tampoco tribunales,

aunque en realidad sí los tengan. Ellos no se rigen por la justicia de los humanos. Por eso, Killian es una persona importante en su sociedad: es magistrado de la zona norte de Irlanda.

—Eso ya lo sabía.

—Ya, pues los magistrados, además de muchas otras cosas, son los que llevan las brigadas de sus zonas que son como su policía.

Gabrielle asintió mirando hacia el pasillo, deseando saber sobre qué estaban hablando en el despacho.

—Me temo que no sabes a quién has metido en tu casa. —Killian irguió la cabeza y dejó de contemplar el *whisky* que había en su vaso, para mirar a Fenton con los ojos entrecerrados.

—Habla.

—La señorita Touré tuvo que dejar su plaza de profesora cuando se descubrió un escándalo en el que estaba involucrada. —Miró a Killian dudando si debía continuar. Algo le decía que aquello le importaba más de lo que parecía.

—Continúa.

—A pesar de que la directora intentó protegerla al principio porque, al parecer, era una de las mejores maestras, al final tuvo que pedirle que se fuera.

—Deja de dar vueltas y cuéntamelo todo.

Fenton respiró hondo antes de obedecer.

—Es la hija de Ferdinand Leblanc, el primer ministro francés. ¿Lo recuerdas?

Killian apartó la mirada mientras intentaba hacer memoria.

—Ocurrió algo con una amante... ¿no es así? La mató o algo parecido.

—Sí, era una famosa actriz parisina. Marina Feraud, ella es la madre de Gabrielle.

—O sea, que Gabrielle es la niña que desapareció, la hija...

—De los dos —confirmó Fenton muy serio, intuyendo lo importante que era esa información para Killian—, del ministro francés y de la famosa actriz.

—¿Qué ocurrió?

—Él no tenía fortuna propia y no quería abandonar a su mujer gracias a cuya fortuna familiar podía mantener su lujoso tren de vida, y la señorita Feraud había amenazado con abandonarlo, harta

de que el político no cumpliera su promesa de casarse con ella. Se rumorea que una noche que ella le dijo que habían terminado, él se volvió loco, la mató y luego se suicidó. Fue un gran escándalo que traspasó fronteras. —Killian recordaba el suceso, a pesar de que no había prestado demasiada atención en su momento. Fue un gran escándalo internacional del que se estuvo hablando durante semanas en los diarios.

—¿Y qué fue de Gabrielle?

—Como no apareció ningún familiar que la reclamara, la enviaron a un orfanato, donde se crio. Allí consiguió prepararse como maestra y luego que le dieran trabajo como tal; por supuesto, se cambió el apellido para que nadie pudiera saber de dónde provenía.

—¿Qué edad tenía cuando ocurrió todo eso?

—Creo que siete años.

—Entiendo. Una cosa más, ¿mientras has estado allí has sabido algo del hijo de Célestine Lesnais? —Fenton movió la cabeza, disgustado consigo mismo por haberlo olvidado.

—¡Ah, sí, cierto!, un tal Pierre Lesnais. Precisamente tu amigo Lee me habló sobre él. Al parecer, tuvo un episodio desagradable con una chiquilla de quince años que trabajaba para su madre, años atrás. —Killian entornó los ojos, asqueado—. Desde entonces, la anciana le había prohibido volver por allí, pero cuando estaba necesitado de dinero, iba a pedirselo y ella le daba algo para que se fuera.

—¿Drogas?

—No, su vicio parece ser el juego.

Killian asintió.

—¿Sabes si ha intentado algo con Gabrielle?

—Por lo que una de las doncellas me dijo, él no dejó de preguntar por ella a todos los que encontraba y lo hizo también en varios comercios de la ciudad.

—¿Rondaba por allí mientras has estado tú?

—No, y es curioso porque una de las criadas me dijo que, en cuanto que murió su madre, se presentó en su casa para hacerse cargo de la herencia, pero desapareció hace unos días y nadie sabe dónde está.

Killian, preocupado, tabaleó un par de veces en la mesa recordando que esa mañana había notado a Gabrielle algo extraña y empezaba a sospechar por qué. ¿Era posible que aquel canalla la hubiera seguido hasta Dublín y que se hubiera atrevido a hablar con ella, quizás a amenazarla?

—Quédate a cenar, pero no digas ni una palabra acerca de esto.

—Por supuesto.

Fenton lo siguió por el pasillo hasta que llegaron a la salita donde les esperaban las dos mujeres y, poco después, todos pasaron al comedor.

## CAPÍTULO 12

*A*mélie había resultado una agradable sorpresa para Fenton. Se había transformado en una mujer atractiva y elegante con la que charlar era un placer. De hecho, debido a lo poco que hablaron Killian y Gabrielle, ellos dos fueron los que llevaron el peso de la conversación.

Después de una sobremesa agradable, Gabrielle y Amélie se retiraron asegurando que estaban cansadas y Fenton se despidió de Killian ya que al día siguiente salía para Strongbow Abbey, la casa familiar, muy temprano. Y en cuanto lo hizo, Killian subió las escaleras de dos en dos para dirigirse al dormitorio de Gabrielle, donde entró sin llamar.

Los colmillos le ardían por la necesidad de enterrarlos en ella y sentía la garganta seca, tanto, que le costaba tragar, aunque sabía que en realidad no era sed lo que sentía, sino la urgente necesidad de afianzar su unión con ella. Después de lo que le había contado Fenton, temía que quisiera abandonarlo.

Cruzó el umbral de su habitación y cerró la puerta apoyándose en ella, entonces se quedó mirando el objeto de su deseo. Estaba sentada junto a la ventana, mirando hacia la oscuridad de la noche. Parecía perdida, como si no supiera adónde ir y él apretó la mandíbula al sentir que estaba planeando su huida.

Algo que él nunca permitiría.

Se aproximó hasta que sus piernas rozaron las suyas y, con un tirón de su mano, hizo que se levantara.

—Ven —su voz sonó oscura y atrayente, prometiéndole, sin palabras, una noche llena de placer.

La llevó a su habitación que estaba aislada del resto, al final de la planta, donde nadie se atrevería a molestarlos. Una vez allí, cerró la puerta con llave y la encerró entre sus brazos inspirando su esencia. Después, lamió el punto del cuello donde latía su pulso, adormeciendo la piel con su saliva para que solo sintiera placer.

—Killian. —Gabrielle gemía con los ojos cerrados.

—Llevas todo el día nerviosa. ¿Ocurre algo? —Necesitaba que ella se lo confesara. Que confiara en él.

—No, nada —mintió, provocando que él dejara de prestar atención a su cuello por un momento y que la mirara decepcionado.

Gabrielle se avergonzó por no contarle su secreto, pero no podía. Era demasiado tarde. No obstante, su nerviosismo y el miedo que Killian detectó en sus pupilas, consiguieron que su gesto hacia ella se suavizara de repente.

—Querida, nada de lo que me puedas contar va a hacer que cambien mis sentimientos. —Ella intentó apartarse, pero él la mantuvo sujeta por la cintura y le levantó la cara tiernamente para que lo mirara a los ojos—. Déjame ayudarte —susurró, antes de besarla.

Cuando sus bocas se separaron, Gabrielle contestó, aún atrapada entre sus brazos, pero rehuyendo su mirada.

—Ya te he dicho que no pasa nada.

Mirando el fuego que ardía en la chimenea fue consciente de que, si su plan funcionaba nunca volvería a verlo. De repente, sintió un fuerte dolor en el pecho y se llevó la mano al corazón pensando que le había dado un ataque. Killian, asustado por su palidez, hizo que se sentara en la cama y se arrodilló a su lado mientras le frotaba las manos.

Hasta ese momento, nunca había entrado en su mente, pero esta vez lo hizo, muy preocupado, aprovechando que estaba distraída. Y se sorprendió al descubrir que lo que sentía era angustia porque creía que se iban a separar.

—No te preocupes por nada, amor mío. No permitiré que te pase nada malo nunca más. —Ella lo miró con los ojos vidriosos y asintió, aunque no lo creía.

Killian hizo una mueca dándose cuenta, pero sabía que se sentiría más segura cuando pasara un tiempo a su lado. Arrodillado entre sus piernas y sujetando su cabeza con ambas manos, se dio un festín con su boca hasta que Gabrielle sintió que su mente daba vueltas y lo abrazó por los hombros. Killian apartó los labios de su boca y le propinó provocadores mordiscos en su camino hacia el cuello. Y le desnudó su corazón, algo que no había hecho ante nadie hasta entonces.

—Destruiré todo y a todos los que nos mantengan separados. — Ella lo miraba fijamente, temerosa de creer en sus palabras—. Has conseguido que mi corazón vuelva a latir de nuevo. Te quiero, velisha.

Desesperado por entrar en ella lo más rápidamente posible, la puso en pie y llevó las manos a la espalda de su vestido para tirar con fuerza de la tela, y Gabrielle jadeó al notar cómo las hileras de botones volaban por el aire. Killian, con un gruñido apasionado, bajó el vestido por su cuerpo desgarrando el maltratado tejido que cayó al suelo hecho un guiñapo. A continuación, la atrajo hacia él y apresó sus nalgas con las manos para pegarla a su entrepierna y que notara su abultada excitación. Ella gimió al sentir cómo se inflamaba su sangre, anticipando el placer que sabía que Killian le daría.

—Quiero hacerte gritar y que te desmayes de placer —su susurro oscuro y su ardiente mirada le traspasaron hasta el alma—. Necesito que cada célula de tu cuerpo entienda que me pertenece, igual que yo te pertenezco a ti, velisha.

Deshizo hábilmente los cordones de su corsé y se lo quitó, y luego hizo desaparecer la camisola y los pololos. Después, cogiéndola en brazos con una facilidad asombrosa, la tumbó encima de las sábanas blancas y no dejó de mirarla mientras él mismo se desnudaba.

Cuando se tendió sobre ella, Gabrielle lo abrazó y lo besó, deseando llevarse otro maravilloso recuerdo a la vida sencilla y solitaria que estaba segura de que le aguardaba. Su deseo enardeció a Killian que contestó su beso con pasión y acarició el interior de sus muslos para que los separara un poco más, accediendo ella con un suspiro. Entró en ella de inmediato,

penetrándola con una embestida fuerte y Gabrielle gimió, luchando por amoldarse a él. Killian la colmó de tiernas caricias mirándola con adoración y Gabrielle, en su corazón, supo que él era suyo.

Abrumada por un sentimiento al que no estaba acostumbrada, se le llenaron los ojos de lágrimas, pero él la tranquilizó con suaves murmullos, sin dejar de embestir en ella, lenta y profundamente. Y cuando sintió que estaba a punto, la mordió. Gabrielle gritó su nombre, loca de placer, y él siguió moviéndose dentro y fuera de ella con el mismo ritmo arrebatador, mientras seguía nutriéndose de su fluido vital. Después de unos minutos, Killian selló sus mordiscos y, mirándola a los ojos de nuevo, entrelazó sus manos a las de ella y alcanzaron el clímax conjuntamente, de forma tan intensa, que transformaron su unión en algo sublime y sobrecogedor que los dejó callados durante largo rato.

Más tarde, Gabrielle trató de abrirse camino entre la niebla que abotargaba sus sentidos, intentando entender lo que acababa de ocurrir, mientras yacía con la mejilla apoyada en el pecho de Killian. Jamás se había sentido así, como si por fin estuviera completa y de alguna manera, sabía que Killian había sentido lo mismo, pero, por distintos motivos, ninguno de los dos habló de ello.

Cuando se despertó, poco antes de amanecer, estaba sola en la cama de Killian. Se levantó rápidamente y se fue a su dormitorio a prepararse. Poco después, salía de la mansión sin encontrar a nadie por el camino, aunque escuchó el murmullo de una conversación en la cocina al bajar por las escaleras y pensó que serían los sirvientes, desayunando. En la puerta, cogió su capa y salió al gélido invierno de Dublín, comenzando a caminar rápidamente en dirección al parque.

Esperó durante varios minutos bajo el letrero verde que delimitaba la entrada del parque, hasta que escuchó su voz, tan cerca, que se sobresaltó. Se giró para mirarlo, ya que se le había acercado por la espalda y en silencio.

—Buenos días, señorita Touré. —La miró de arriba abajo, observando que ya no usaba gafas y que su pelo no estaba peinado tan tirante como antes, lo que hacía lucir mucho más su belleza y la lujuria brilló en la mirada del vicioso hijo de Célestine—. Me agrada ver que te has arreglado para nuestro encuentro. —Gabrielle se

ruborizó debido a lo enfadada que estaba, pero se contuvo a tiempo. Tenía que ser inteligente si quería que su plan funcionara.

—Señor Lesnais, creía que había sido clara aquella noche, en casa de su madre. —Supo que recordárselo fue un error en cuanto vio su gesto de rabia.

—Sí, lo fuiste. Y ya pagarás por ello. Aún me duele la nariz del puñetazo. —Cogió la mano derecha de ella, con la que le había pegado aquella vez, y la envolvió con la suya mucho más grande, apretándola cada vez más hasta que ella hizo una mueca de dolor —. Estoy deseando ver cuánto eres capaz de aguantar antes de gritar. Pero no perdamos más tiempo. Vámonos.

Gabrielle se asustó cuando empezó a tirar de ella en dirección contraria a la casa de Killian, hacia la parte oeste del parque. Allí había otra entrada y sería donde, seguramente, había dejado su coche. Gabrielle se resistió con todas sus fuerzas a seguirlo. Había acudido persuadida de que podría convencerlo para que esperara un par de días y, durante ese tiempo, ella escaparía.

—¡Espere, no puedo irme con usted así! ¡Ni siquiera tengo mi equipaje! ¡Señor Lesnais!

Estaba a punto de ponerse a gritar cuando alguien pasó ante ella a tanta velocidad que no fue capaz de reconocer quién era, solo vio una sombra oscura que empujó a Pierre, haciéndolo volar varios metros en el aire y caer sobre la hierba del parque. La sombra lo siguió de un salto parándose a su lado y observándolo fijamente. Boquiabierta, Gabrielle vio que era Killian el que estaba de pie junto al hijo de Célestine. Sus ojos verdes se habían transformado en dos incandescentes brasas rojizas que prometían dolor.

Pierre, que se había quedado tumbado bocabajo sobre la hierba, se dio la vuelta y, cuando vio al vampiro, se incorporó en un torpe intento por levantarse, pero temblaba demasiado y no pudo hacerlo. Al ver la expresión asesina en los ojos de Killian, intentó disculparse.

—Perdone, yo no sabía... —suplicaba muerto de miedo, pero Killian, con los colmillos crecidos y sobresaliendo del labio superior, siseó:

—¡Calla! ¡Cómo te has atrevido a tocarla, desecho inmundo!

Gabrielle comenzó a temblar sabiendo que estaba a punto de presenciar algo terrible, cuando sintió una mano amiga que la cogía

del brazo.

—Señorita Touré, por favor, acompáñeme. —Ella se resistió por un momento.

—No, debo esperarlo.

—Es mejor que venga conmigo. —Killian giró la cabeza para mirarla y, durante ese segundo, pareció ser civilizado de nuevo a pesar de los ojos rojizos y de los colmillos largos y puntiagudos.

—Vete con James, Gabrielle. Enseguida estaré contigo.

Ella asintió y dejó que el mayordomo la acompañara. Al salir del parque se sorprendió al ver que había otros tres vampiros custodiando la entrada. Uno de ellos era Fenton, que la saludó, y el resto inclinaron respetuosamente la cabeza ante ella. No dejó de temblar ni siquiera cuando llegó a la casa. James ya había pedido que le prepararan un té antes de salir y estaba recién hecho en cuanto la acompañó a la sala.

—Siéntese y tómese una taza tranquila y no se preocupe. El señor Gallagher se ocupará de todo.

—James. —No dejaría que se fuera así. Necesitaba saber.

El anciano se detuvo y la miró con simpatía.

—¿Cómo sabían dónde estaría?

—Milord lo sabía, señorita.

—Comprendo. —Entonces le había leído la mente. Tenía que ser eso.

—Me he dado cuenta de que había tres... amigos suyos, incluido el señor Strongbow acompañándolo, pero ¿por qué ha ido usted también?

Él carraspeó antes de contestar:

—El señor pensó que sería mejor que usted no estuviera delante cuando se enfrentara al hombre que ha intentado secuestrarla. —Ella se estremeció recordándolo y el sirviente malinterpretó su reacción.

—Señorita, si me permite que le diga algo... —el tono de voz de James descendió hasta transformarse en un susurro— el señor carga sobre sus espaldas con un gran número de preocupaciones y responsabilidades que han provocado que toda su vida gire en torno a su trabajo. Hace muchos años que estoy a su servicio y nunca lo había visto tan feliz como ahora. Todos lo que trabajamos en la casa

nos hemos dado cuenta de cuánto ha cambiado y estamos muy contentos por ello, señorita. Es el mejor hombre que podría encontrar, se lo aseguro.

—Gracias, James. —Se esforzó por sonreír, aunque no tenía ganas de hacerlo porque ahora tendría que decirle la verdad a Killian.

—De nada. —Después de inclinar la cabeza en un gesto de respeto, desapareció por el pasillo que conducía a la cocina.

Gabrielle tuvo el tiempo justo de tomarse el té antes de escuchar de nuevo el ruido de la puerta. Killian entró segundos después, buscándola, y ella se puso en pie al ver su aspecto. Parecía inquieto. Era la primera vez desde que lo conocía que lo veía así. Sin decir nada, le hizo un gesto para que lo siguiera por el pasillo y ella lo siguió.

La guio hasta su despacho y esperó en el umbral a que entrara; después, la siguió cerrando la puerta.

Gabrielle se volvió hacia él y se sobresaltó al ver la expresión de sus ojos.

## CAPÍTULO 13

*K*illian salvó la distancia que los separaba de una zancada y la abrazó, acariciando su espalda lentamente.

—No volverá a molestarte —el susurro en su oído sonó como un juramento.

Gabrielle tragó saliva y escondió su cara en el pecho de Killian, que la mantuvo así, hasta que los dos corazones acompasaron sus latidos y ella sintió que todo en su interior se aquietaba y la inundaba una sensación de paz. No era la primera vez que Killian la sorprendía consolándola de la manera que ella más necesitaba. Más tranquila, se dejó llevar hasta el pequeño sofá que había bajo el gran ventanal que daba a la calle, donde Killian la sentó sobre su regazo y se la quedó mirando con ternura.

Que no le pidiera ninguna explicación fue la gota que colmó el vaso y cuando él cogió un mechón de su pelo para acariciarlo, comenzó a confesar todo lo que le habían enseñado a ocultar desde que era una niña y que no había confiado a nadie, por propia voluntad, hasta ese momento:

—Llevo huyendo toda mi vida por algo que hizo mi padre. — Respiró hondo, intentando darse fuerzas—. Mi padre fue Ferdinand Leblanc, el primer ministro francés, ¿lo recuerdas? —Agitaba nerviosamente las manos y Killian cogió la derecha para darle un tierno beso en la palma, y después la colocó sobre su corazón. Sabía que, sintiendo sus latidos, se tranquilizaría.

—Sí. Continúa.

—Mi madre era Marina Feraud, la actriz. —Contrariamente a lo que pensaba, al contárselo comenzó a sentirse liberada—. Cuando se conocieron, mi padre estaba casado con una mujer muy rica, pero a mi madre le dijo que iba a separarse. —Hizo una mueca—. Ella le creyó y comenzaron una relación que duró años y nací yo, pero mi padre no daba muestras de solucionar las cosas. Al parecer, le gustaba vivir muy bien y si se divorciaba no podría seguir haciéndolo. Mi madre estaba obsesionada con que se casara con ella y me reconociera, y le dio un ultimátum: o lo hacía o lo abandonaría. Y ya sabes lo que ocurrió.

—Sí, pero lo que me interesa es lo que te pasó a ti a partir de ese momento. —Ella se encogió de hombros desviando la mirada hacia la calle, aunque Killian sabía que no estaba viendo los transeúntes y los carruajes que desfilaban por la avenida. Estaba recordando.

—Yo tenía solo siete años, pero me acuerdo del día que llegué al orfanato. No me trataron mal, ni nada parecido, al contrario, me enseñaron a comportarme. —Sonrió al recordar aquella época—. Creo que a las monjas les costó un poco meterme en vereda porque yo estaba sin educar. Era una pequeña salvaje, de hecho, así era como me llamaba mi madre —susurró—. Es curioso que no lo hubiera recordado hasta este momento... mi pequeña salvaje, solía llamarme cariñosamente. —Sacudió la cabeza, intentando volver a la realidad—. Las hermanitas me enseñaron todo lo que pudieron y siempre me inculcaron la necesidad de que nadie conociera mis orígenes, si quería llevar una vida normal. Por eso nunca se lo he contado a nadie.

—¿Por qué dejaste la escuela y te fuiste a vivir a casa de Célestine Lesnais? Por lo que me han dicho eras muy apreciada en el internado...

—Uno de los padres de las niñas, no sé cómo, se enteró de quiénes eran mis padres y amenazó con montar un escándalo si no me echaban del colegio. La directora, que me conocía desde niña, intentó protegerme, pero llegó un momento en el que le fue imposible y decidí marcharme. Ella fue la que habló con Célestine sobre mí y le contó la verdad, esperando que me ayudara, y lo hizo.

—Por eso te contrató —razonó Killian—, porque quería ayudarte.

—Sí, era una gran persona. —Se frotó los ojos con las yemas de los dedos intentando evitar las lágrimas.

—Sí, ¿y su hijo?

—¡Era un *cochon*! —susurró furiosa y Killian sonrió porque era la primera vez que se le escapaba una palabra francesa en una conversación en inglés, lo que demostraba lo enfadada que estaba —. Su madre lo había echado de casa unos años antes por un incidente con una chiquilla del servicio, pero seguía volviendo cuando necesitaba dinero y ella se lo daba para quitárselo de encima.

—Comprendo.

—En una de esas visitas, me conoció y, desde entonces, comenzó a perseguirme. A pesar de que su madre lo amenazó con no volver a darle ni un franco más, no hubo manera de que me dejara en paz. Y las cosas se pusieron mucho peor cuando Célestine murió, porque fue cuando él se enteró de lo de mis padres.

—¿Y eso?

—Yo no lo sabía, pero ella debía llevar un diario donde lo apuntaba todo y cuando Pierre lo leyó, me buscó para hacerme chantaje. Me dijo que, si quería seguir viviendo en su casa, debía acceder a sus pretensiones. —Notó cómo la rigidez inundaba el cuerpo de Killian. Levantó la cabeza y miró fijamente sus ojos rojizos, pero ahora ya no tenía miedo. Acarició sus sienes despacio y él cerró los ojos con un gemido de placer. Entonces, ella se desabrochó tres botones de su vestido de lana, suficientes para dejar su cuello al aire y, con una sonrisa, se apoyó en su pecho, ofreciéndoselo.

—Bebe, Killian. —Para él, ese acto no era solo de alimentación, lo había notado al darle de beber esos días. Era una comunión entre los dos, un afianzamiento de su relación a través de la sangre que, en este momento, lo calmaría.

Él se relamió y murmuró algo una lengua desconocida para ella y, sujetándola por la nuca, la mordió con fuerza provocando en Gabrielle un siseo de dolor, que se transformó en placer en cuanto él empezó a chupar de ella. Levantó la mano derecha y la posó

sobre su nuca, acariciándola como a él le gustaba y cerró los ojos, feliz.

Killian rompió la unión apartando ligeramente la cabeza y ella sintió que algo cálido resbalaba por su garganta, bajando hacia su pecho. La lengua de él lamió el rastro de sangre rápidamente y después, hizo lo mismo con el mordisco, para que se cerrara. La mantenía abrazada por la cintura, consciente de que cada célula de su cuerpo exigía que la reclamara como su velisha. Ardía por ella y maldijo en voz baja, furioso consigo mismo por su falta de control, escondiendo la cara en su cuello y acunándola de forma protectora entre sus brazos.

—¿Qué ocurre, Killian? —Notaba su inquietud, aunque no sabía a qué se debía. Por primera vez en su vida, sintió ser humana, pensando que era posible que su sangre no fuera suficiente para él —. Si necesitas que haga algo, dímelo, por favor. —La inseguridad que notó en ella, lo tranquilizó lo suficiente para que la razón volviera a regir su mente.

—Mi amor —avergonzado por inquietarla, la besó en la mejilla con ternura—, eres lo mejor que me ha pasado nunca. Mi milagro.

Todo lo que él era, una insólita mezcla de bestia y hombre con cientos de años a sus espaldas exigía que realizara la transformación de Gabrielle por su seguridad, para que nadie pudiera dañarla nunca más. Pero era ella la que tenía que decidir si quería que lo hiciera o no, y no podía retrasar más esa conversación.

—Cariño —el estremecimiento de su curvilíneo cuerpo le satisfizo, y acarició su mejilla con los nudillos mientras ella lo miraba con los ojos como platos—, hay algo que tengo que contarte.

—¿Qué es?

—Lo primero, necesito que entiendas bien lo que siento por ti. Nosotros no nos enamoramos como los humanos, es algo más... profundo y visceral —ella asintió, ruborizada—. Pertenecer a nuestra especie tiene muchas cosas positivas, la fuerza física, la rapidez, la visión nocturna y algunas cosas más —ella volvió a asentir—, pero estamos condenados a vivir sin sentimientos a partir de una determinada edad. Es algo que, a todos, nos va ocurriendo

poco a poco, hasta que un día nos damos cuenta de que ya no sentimos nada por nadie. —Ella lo miraba boquiabierta.

—¿Y a ti también te pasó?

—Sí. Pero eso fue hasta que te conocí. Al principio no supe qué te hacía diferente para mí, hasta que me di cuenta de que eras mi velisha.

—¿Qué significa esa palabra? Me has llamado así varias veces y creía que era algo cariñoso en un idioma que no entendía.

—También ese es su significado, pero no solo eso —suspiró mirándola a los ojos intensamente—. Una velisha, para nosotros, es la compañera que nos está destinada, la mitad que le falta a nuestra alma. —Esperó unos segundos esperando que ella dijera algo, pero como no lo hizo continuó hablando en susurros hipnóticos—: Cuando estés preparada, me gustaría que nos casáramos, si tú quieres. —Gabrielle dio un respingo al escucharlo—. Pareces sorprendida.

—Es que no se me había ocurrido que querrías casarte conmigo.

—¿Por qué no?, ¿tan mal he sabido expresarte lo que siento por ti? —Acunó su cabeza entre sus grandes manos con delicadeza y volvió a besarla—. Te he dicho que te quiero y es algo que nunca había dicho a nadie. No quiero apresurarte, pero sería muy feliz si me aceptaras.

—Necesito un poco de tiempo, Killian, además, si te soy sincera, nunca había pensado en ello porque...

—¿Por qué? —Él frunció el entrecejo.

—Creía que solo podíais casaros con otros vampiros

—parecía avergonzada—, o si transformáis a vuestra pareja antes de la ceremonia.

—¿Sabes lo de las transformaciones?

—He oído rumores.

—¿Y qué opinas?

—Me da miedo. He oído que es muy doloroso y que ha habido mujeres que no lo han superado.

—Es cierto, pero tú sí lo harías. Eres muy fuerte y... —se dio cuenta de que estaba presionándola— siempre y cuando quisieras hacerlo, claro.

—¿Tú quieres que lo haga? —Él movió la cabeza negativamente.

—Aceptaré lo que tú quieras. Si lo haces, viviría más tranquilo porque estarías más segura, pero si no quieres hacerlo, eso no cambiaría nada, sigo queriendo que nos casemos.

—¿Qué diferencia habría para mí, si me transformara en una vampira? Aparte de las obvias de ser más fuerte y todo lo demás...

Killian ladeó la cabeza y le sonrió con ternura.

—Para mí, la más importante es que podríamos ser felices durante un incalculable número de años, hasta que uno de los dos muriera. Cuando eso ocurre, el superviviente sufre un dolor agónico tan fuerte por la separación que sigue al que se ha ido, poco después —suspiró—. Hay algo más que no sé si es importante para ti, pero quiero que lo sepas todo antes de tomar una decisión: si quieres que tengamos hijos, la única manera es que te transformes. Aunque yo nunca había pensado tener descendencia.

Pero ella sí, era algo con lo que siempre había soñado, encontrar a un buen hombre que fuera el padre de sus hijos; con el que formaría una familia y junto al que envejecería. Él se dio cuenta de que para ella era importante, al ver un nuevo resplandor en su rostro.

—Entonces... ¿quieres que nos casemos? Lo otro lo puedes decidir más adelante.

Gabrielle no pudo resistir más y se abrazó a él con fuerza, sonriendo feliz.

—¿Eso es un sí, querida? —susurró él junto a su oído, mientras apretaba su nuca con cariño. Ella asintió con viveza hasta que se decidió a levantar la mirada, sus ojos castaños libres de las gafas, definitivamente, se encontraron con los verdes de él y después de mirarse durante unos segundos, consiguió contestar con voz temblorosa:

—Será un orgullo para mí ser tu mujer.

Se fundieron en un largo beso iluminados por los rayos de sol que entraban por el ventanal.

Durante la siguiente semana, Gabrielle descubrió lo que era sentirse querida y arropada por una familia, que en su caso eran Killian y Amélie. La muchacha había aceptado la noticia de su

compromiso con una explosión de alegría que todavía calentaba el corazón de Gabrielle al recordarlo. Después de anunciar a su pupila la buena noticia, Killian les dijo durante la cena posterior, que tenían siete días para preparar la fiesta donde se lo comunicarían a todos sus amigos y conocidos. A pesar de sus quejas, se negó a cambiar la fecha, aduciendo con una sonrisa pícaro dirigida a Gabrielle que no podía esperar más.

Una semana después la futura novia se miraba, incrédula, en el espejo de su dormitorio ataviada con un espectacular vestido de seda dorada que resaltaba su pelo y sus ojos oscuros.

Al escuchar tres discretos golpes en la puerta, miró el reloj sobresaltada y se dio cuenta de que ya había llegado la hora de bajar las escaleras para recibir a los invitados, tal y como había quedado con Killian. Abrió la puerta y se sorprendió al ver que no era James, el mayordomo, el que venía a avisarla, sino su prometido.

Al verla, él contuvo la respiración mirándola de arriba abajo y dio un paso adelante para entrar. Se apoyó en la puerta mientras volvía a repasar su aspecto minuciosamente. Gabrielle, nerviosa al ver su expresión, preguntó, insegura de repente.

—¿No te gusta? —La miró, incrédulo.

—¿Lo dices en serio? —al ver que así era, se acercó para abrazarla—. Estás preciosa, solo siento no poder decir a todos los invitados que se vayan para poder tenerte para mí solo. —Más tranquila, se rio.

—Eso sería muy poco educado por tu parte. —Algo en su tono le recordó a la maestra que siempre habría en ella y eso le hizo sonreír.

—Menos mal que estás tú para que me comporte.

—Gabrielle sonrió irónicamente porque, después de convivir durante esos días íntimamente, lo conocía mucho mejor. Acarició su mejilla con cariño.

—No creo que nadie pueda conseguir que hagas algo que no quieras. —Besó su mejilla recién afeitada y disfrutó del olor de su piel antes de apartarse. Killian le robó un último beso y se apartó con un suspiro pesaroso.

—Desgraciadamente, esto tendrá que esperar. Los invitados deben de estar a punto de llegar. Vamos. —Salieron del dormitorio cogidos de la mano.

Durante la fiesta, Gabrielle pudo comprobar que todos los asistentes escuchaban lo que Killian decía con suma atención, y buscaban su consejo en una gran variedad de asuntos. Tal vez Killian tuviese escasa importancia a los ojos de los humanos, pero poseía una considerable influencia en la sociedad vampírica y se sintió orgullosa al darse cuenta de ello. Lo que no le gustó nada fue ver a alguna de las bellísimas invitadas intentando monopolizar su atención o declarando, aunque aparentemente lo decían en broma, que Killian estaba obligado a bailar un vals con ellas, ya que en breve dejaría de ser soltero.

Pero, a pesar de todos los que intentaba hablar con él a solas, Killian la mantuvo a su lado presentándole a todos los invitados. Con algunos estuvieron más tiempo, como cuando le presentó a Gale Strongbow y a su mujer Brianna, que acudieron acompañados por Fenton. Gabrielle sintió una simpatía innata hacia Brianna que la trató con cariño desde el principio, de forma muy distinta a la curiosidad que el resto de las asistentes mostraban hacia ella, y respiró aliviada cuando vio que con ella podía hablar con normalidad. Brianna, que por experiencia propia sabía cómo se sentía, le dio un apretón en la mano derecha y le dijo viendo que su marido y Killian habían comenzado a hablar en voz baja, seguramente sobre algún asunto de negocios:

—¿Quieres que demos un paseo? —Gabrielle asintió, agradecida, porque se encontraba algo cansada. Quería sentarse, aunque fuera unos minutos. No estaba acostumbrada a llevar tacones y le dolían los pies. Pero tenía que asegurarse que Amélie no necesitaba nada y así se lo dijo a Brianna, esta pareció entender cómo se sentía y susurró:

—Podemos coger una copa de ponche y sentarnos en algún rincón desde donde podamos ver que no le ocurre nada. De paso, te hablaré de los invitados que conozco, si quieres. —Gabrielle sonrió y asintió divertida.

Gale se volvió hacia su mujer, sorprendido al ver que se iban. Killian también la miró con gesto de remordimiento, pero ella lo

tranquilizó.

—Tranquilo, solo vamos a por un par de copas de ponche.

Los dos asintieron, aunque ninguno de los dos se creyó la explicación del todo.

Cuando se sentaron en un butacón para dos personas que había junto a una gran palmera, Gabrielle suspiró con alivio sintiendo que le ardían las plantas de los pies.

—¿Te molesta el corsé? —Brianna bebió un trago del refrescante ponche, divertida.

—No, los tacones.

—Eso es peor. —Dio un suspiro—. Al principio, yo también sufrí ese suplicio haciendo caso a los que me decían que con el tiempo me acostumbraría a ellos y no me dolerían los pies.

—¿Y es cierto? —Disimuladamente, Gabrielle se había quitado los zapatos y había puesto los pies sobre el frío suelo de mármol aprovechando que se los cubría el vestido. Contuvo un gemido de placer al sentir el frescor de la piedra y se prometió que se los pondría en un par de minutos.

—No lo sé, yo dejé de ponérmelos hace meses. —Levantó su vestido para que pudiera verle los zapatos.

—¿Y eso?

—Gale se cansó de ver cómo me dolían los pies y me dijo que, o dejaba de usar tacones o él se los quitaría a todos mis zapatos. —Sonrió encantada—. Es sobreprotector, lo sé, pero... —se encogió de hombros con una sonrisa.

—¡Qué romántico!

—Sí, ¿verdad? —Se quedaron mirando a sus dos vampiros y luego rieron divertidas, como dos jovencitas, al darse cuenta de que estaban igual de enamoradas. Brianna, encantada con su nueva amiga, le dijo:

—Mira, yo también era humana antes de que Gale me transformara. Así que, pregúntame lo que quieras y te contaré la verdad. —Gabrielle se mordió el labio y miró hacia los lados, luego, inclinándose hacia ella, le susurró lo que más miedo le daba:

—Me gustaría saber lo que sentiste durante la transformación y si te ha merecido la pena.

Amélie se lo encontró en el pasillo cuando volvía del baño de refrescarse un poco. Sabía que no era una casualidad. Lo había visto observándola en varias ocasiones, pero no se había acercado hasta que ella se había separado del grupo de admiradores que no la dejaban sola en ninguna de las fiestas. Vestido de forma impecable con un traje de etiqueta negro que resaltaba su pecho musculoso, Cian la saludó con elegante formalidad y le pidió el siguiente vals. A pesar de que se negó en voz baja e intentó seguir su camino, él la cogió por la muñeca y la llevó a la pista.

Sus miradas se enlazaron al tiempo que una deliciosa melodía comenzaba a sonar y, cuando comenzaron a bailar, Amélie sintió algo tan dulce y cautivador que se dijo que esa sería la última vez que se permitiría bailar con él.

—¿Siempre estás tan callada cuando bailas?

—No siempre, pero estaba intentando disfrutar. Es un vals precioso.

Él la observaba detenidamente, como si intentara averiguar qué se escondía detrás de su fachada de mujercita recién salida del internado.

—¿Por qué apartas la mirada, Amélie? —el tono bajo y ronco de su voz hizo el mismo efecto en su piel que si la estuviera acariciando, y ella deseó que el baile hubiera acabado.

—No digas tonterías. —Él enarcó una ceja ante su grosera contestación, pero luego sonrió, seguro de que no muchas personas conseguían hacer perder la compostura a la fría señorita de Polignac.

El interior de Amélie, aunque intentaba no mostrarlo mostrándose indiferente, era un caos en el que intentaba controlar una desconcertante oleada de emociones. Cian la sostenía con sus fuertes brazos, guiándola con la firme presión de su mano en la cintura. Para ella estaba siendo tan fácil seguirlo, que le daba miedo lo que eso podía significar mientras que la melancólica melodía penetraba por todos los poros de su piel, provocándole un irrefrenable placer.

Y él descubrió en ese instante que nadie llenaría nunca sus brazos como Amélie, al igual que sabía que ella se resistiría, con todas sus fuerzas, a tener cualquier relación con él. Poco antes de

que el vals terminara, lo miró a los ojos y él percibió la despedida en su mirada.

¡Qué poco lo conocía!

## EPÍLOGO

*A*cababa de salir de la bañera donde Killian la había atendido como la mejor de las doncellas, y ahora esperaba impaciente a que la ceremonia comenzara. Pero aún le quedaba otra sorpresa. Estaban vestidos solo con sus batas, según estaba descrito en el ritual que ambos habían leído en la biblioteca del Club Enigma, cuando él cogió sus manos y susurró, con voz grave:

—Hay algo que quiero decirte antes de que empecemos.

—Te escucho. —Él besó sus manos antes de colocarlas sobre su pecho, luego, su mirada verde la traspasó hasta llegar a su alma.

—Necesito estar seguro de que esto es lo que quieres de verdad, velisha.

—Sí —susurró ella, extrañada—. Te dije al día siguiente de la fiesta que lo había pensado muy bien y que había decidido hacerlo. ¿Qué ocurre?, ¿por qué me preguntas esto ahora? —Tiró de sus manos, intentando soltarse—. Killian, dime qué pasa. ¿No quieres transformarme?

—No es eso. —Soltando sus manos, la abrazó—. Shhh, calla, amor mío, cálmate. No sabes lo que significa para mí saber que vas a perder la fragilidad que te otorga tu humanidad, eso será una tranquilidad enorme para mí. Pero quiero que lo pienses bien.

Ella levantó la cabeza que había refugiado en su pecho y lo miró, acusadora.

—Ya lo he hecho. ¿Sabes una cosa que nunca te he contado? Que deseé que lo hicieras desde la primera vez que estuvimos

juntos en la cama, porque quería ser fuerte para poder defenderme de los hombres como Pierre, que me he encontrado a lo largo de mi vida, ¿o crees que yo no lo había pensado hasta que tú me lo dijiste?, pero tenía miedo.

—Lo sé, querida. ¿Y cómo has superado ese miedo?

—Ella se encogió de hombros.

—Estuve hablando con Brianna y me contó su experiencia. Me dijo que repetiría la ceremonia sin pensárselo, que desde entonces se siente mucho mejor y, lo más importante, que las sesiones en la cama con su marido son mucho más largas e intensas. —Ante la última frase que susurró con voz traviesa, Killian agrandó los ojos, asombrado.

—¿Te dijo eso?

—Killian, por favor, ¿de qué crees que hablamos las mujeres cuando estamos solas?, ¿de vestidos y peinados? —Hizo un mohín arrugando la nariz—. Bueno, de eso también, pero lo que más nos gusta es hablar de vosotros.

—¿De verdad? —Casi no reconocía la mujer en la que se estaba convirtiendo Gabrielle, cariñosa y juguetona a la vez. Era maravillosa y él era un hombre muy afortunado.

—Sí. Así que, si te parece, empecemos ya, porque cuanto antes lo hagamos, antes acabará todo.

—De acuerdo. Hagámoslo.

Killian se quitó la bata y se sentó en la cama con la espalda apoyada en el cabecero y alargó la mano hacia ella, que también se había desnudado y se sentó sobre el pubis de él, tal y como le había explicado que tenía que hacer.

—¿Así está bien? —él asintió moviéndose, intentando colocar su miembro que estaba tan rígido que parecía a punto de explotar, para que no le molestara tanto. ¡Y aún no habían hecho nada!

—El ritual lo explica claramente. Debemos estar cómodos, pero no tumbados para que me sea más fácil controlarme.

Había hablado con Gale sobre la ceremonia, ya que era el único vampiro que conocía que había completado la transformación de su esposa, y le explicó que tenían que beber el uno del otro varias veces para que sus sangres se mezclaran lo suficiente. Era un paso imprescindible para que se produjera el cambio. Cariñosamente,

Killian besó dos veces las señales que Gabrielle siempre llevaba en el cuello, motivadas porque bebía de ella al menos una vez al día. Después de esa noche, ella también tendría que beber de él. Sus besos provocaron que la sangre de Gabrielle ardiera en sus venas. Disfrutaba enormemente cuando él bebía de ella y ladeó la cabeza apartándose el pelo del cuello, para ofrecérselo a su amado.

—Bebe de mí, amor mío.

Él desnudó sus colmillos, alargados al máximo, y se los mostró a su amada siguiendo el antiguo ritual de reclamación vampírico, a la vez que un suave rugido ascendía por su garganta. Gabrielle, sin miedo, colocó la palma de la mano ante su boca como señal de confianza y él arañó suavemente la carne de ella, sin hierirla, solo provocando que le escociera levemente; luego, lamió la carne que había irritado él mismo para calmar el escozor.

Ella sintió una corriente de deseo extenderse desde su pubis hacia todo el cuerpo y lo besó, recorriendo sus largos y puntiagudos colmillos con la lengua. Después, volvió a pedirle que la mordiera.

—Bebe, Killian.

—Debo penetrarte primero para poder empezar con el ritual. — Ella se irguió sobre sus rodillas en la primera posición que debían tomar, y mientras él mantenía su miembro erguido con una mano, con los colmillos sobresaliendo del labio superior, Gabrielle se lo introdujo en la vagina provocando un siseo en Killian, cuyos ojos ya se habían teñido de rojo sangre. Ella se empaló poco a poco en él, hasta que los vellos de sus ingles se juntaron. Entonces, volvió a ofrecerle su cuello y él la mordió con más ganas que nunca, como si hiciera años que hubiera estado esperando para tenerla y no unas pocas horas, y comenzó a sorber de su vena mientras ella lo mantenía dentro de sí, latiendo rígidamente.

Después de un par de minutos, se apartó de su cuello relamiéndose.

—Ahora, querida. —La mirada de ella hablaba de placer y de deseo y comenzó a moverse arriba y abajo, cada vez más rápido, hasta que tuvo un orgasmo tan fuerte que se sintió mal.

—Estoy mareada, espera. —Se derrumbó sobre él, pero Killian sabía qué le ocurría y haciendo que creciera la uña de su índice, se

rajó el pecho cerca del esternón donde la sangre es más dulce y la obligó a acercar su boca.

—Bebe, amor mío —ordenó con voz hipnótica.

—Me pasa algo, Killian, lo veo todo borroso —susurró, pero él, sin contestar, apretó la boca de ella contra el hilo de sangre que caía por su pecho, consiguiendo que se manchara los labios. Ella se los chupó golosamente, mientras que él volvía a ordenar pacientemente:

—Bebe.

Cuando ella probó su sangre, entendió por qué le resultaba tan placentero beber de ella y gimió, comenzando a chupar con glotonería su fluido denso y dulce. Se apoyó en los hombros de Killian y él, que había conseguido contenerse hasta ese momento, movió sus caderas hacia arriba con fuerza una única vez para penetrarla hasta el fondo y tuvo el mayor orgasmo de su vida.

Cuando Gabrielle se retiró, somnolienta, volvió a besarla y comenzaron de nuevo. Tuvieron tres intercambios de sangre seguidos esa misma noche, a la vez que hacían el amor, tal y como pedía el ritual. Solo entonces, los dos se abandonaron al sueño.

Debían de haber pasado dos o tres horas cuando algo despertó a Killian. Al tocar a Gabrielle, notó su piel muy fría, afortunadamente, Gale también le había avisado sobre esto. La llamó varias veces suavemente, pero no despertó y su piel seguía enfriándose por momentos.

—Gabrielle, ¿me oyes?

Estaba tan fría como si estuviera muerta, y respiraba con dificultad, síntomas que Gale le había explicado que también había tenido Brianna cuando la transformó. De modo que, sin perder más tiempo, hizo lo que le dijo su amigo que era lo único que había surtido efecto con su mujer. Volvió a abrirse el pecho para darle de beber, y se humedeció la yema del índice llevándola a su boca. Tuvo que hacerlo varias veces para que ella comenzara a chupar. Cuando lo hizo, se sentó para ponerla sobre su regazo y, apoyando la cabeza en su brazo, comenzó a beber de su pecho, aunque seguía sin abrir los ojos.

—Bebe de mí, amor mío, y camina conmigo todo el tiempo que el destino nos otorgue. —Con la mano libre, entrelazó sus dedos

con los de ella y cerró los ojos apoyándose en el cabecero de la cama. Mientras la acunaba, sonrió imaginando un futuro que, hasta que conoció a Gabrielle, nunca había creído posible.

Se despertó con un sabor extraño y dulce en la boca, pero sintiéndose mejor que nunca porque sabía que lo habían conseguido. Desgraciadamente ese sentimiento duró poco porque, unos segundos después, sintió un dolor tan fuerte que deseó morir para no seguir sufriendo.

Asustada, arqueó la espalda intentado combatirlo y abrió la boca para gritar sintiendo que su cuerpo entero ardía, pero alguien le puso un líquido espeso en la boca que le alivió el dolor. La mejoría duró poco, pero cuando abrió la boca de nuevo, volvieron a darle de beber ese líquido bienhechor y así pudo superar las largas horas de su transformación.

Cuando se despertó de nuevo, estaba sentada en el regazo de Killian rodeada por sus brazos. Él parecía exhausto, pero feliz. Al verla despierta, la acercó a su cuello para que bebiera y ella lo hizo sin dudar, provocando que él gimiera de placer. Mientras ella bebía, él acunaba su nuca en la palma de la mano. Despacio, para que ella no dejara de beber, la levantó ligeramente y le separó las piernas para penetrarla de nuevo provocando, en esta ocasión, un gemido de Gabrielle. Siguió penetrándola lentamente para no molestarla mientras bebía, acariciándole suavemente la espalda y sintiéndose más feliz que nunca.

Un poco más tarde, ella alzó la cabeza lamiéndose los labios, después de cerrar su herida tal y como él hacía siempre, y lo besó ayudando a sus penetraciones con los movimientos de su cadera. Cuando todo terminó, volvieron a tumbarse.

—Pareces muy cansado. ¿Necesitas algo, querido? —Killian sonrió con los ojos cerrados, abrazándola con ternura y contestó:

—Tengo todo lo que necesito entre mis brazos.

Los dos se durmieron con una sonrisa.

FIN

## AGRADECIMIENTOS

¡Hola! Soy Margotte Channing, la escritora de esta novela

Quiero invitarte a participar en un **SORTEO** que realizo solo con mis lectores, para ganar una de mis **NOVELAS GRATIS** (puedes elegir la que quieras cuando ganes).

Si estás interesado o interesada solo tienes que ir al enlace: [www.margottechanning.com/sorteo](http://www.margottechanning.com/sorteo) y rellenar con tu nombre, correo electrónico y muy importante, ¡el código secreto! **“KILLIAN”**

A final de mes realizaré el sorteo y te mandaré un correo con el ganador.

Muchas gracias por tu atención, y ¡buena suerte!

Margotte Channing

## ACERCA DEL AUTOR

Margotte Channing nació en Madrid, ciudad en la que vive con sus dos perros, Nala y Bob. Durante muchos años trabajó en un banco, aunque su sueño siempre fue ser escritora. Un día, hace tres años, decidió hacer caso a su corazón y lo dejó todo para dedicarse por completo a su gran pasión. Tras publicar 36 novelas, muchas de las cuales han sido best-sellers en Amazon, se siente feliz y agradecida a sus lectores gracias a los que puede seguir haciendo lo que más le gusta: tejer historias capaces de hacer soñar.

OTRAS OBRAS DE MARGOTTE CHANNING

FRENESÍ: Los Vampiros de Channing 1

POSESIÓN: Los Hombres Lobo de Channing 1

POSESIÓN II: Los Hombres Lobo de Channing 2

TRAICIÓN: Los Victorianos de Channing 1

VENGANZA: Los Victorianos de Channing 2

SOLO TÚ: Los Victorianos de Channing 3

ESCLAVA DEL ODIO: Los Escoceses de Channing 1

AMOR Y MUERTE: Los Escoceses de Channing 2

AIDAN Y AMY: Los Escoceses de Channing 3

SIGRID: Los Vikingos de Channing

ÖLISSE: Los Vikingos de Channing

RAINE: Los Vikingos de Channing

Más libros en:

[www.margottechanning.com](http://www.margottechanning.com)